

VISIÓN ESTRATÉGICA GLOBAL 1997

POR FEDERICO FERNANDO BORDEJÉ Y MORENCOS

Sombras y luces sobre un nuevo Sistema Mundial

En términos generales, 1997 se ha caracterizado por haberse hecho más perceptible el nuevo fenómeno conocido como globalización o mundialización, proceso, ya irreversible, que implica no solamente una creciente interdependencia económica entre todos los países del mundo, sino efectos de acción-reacción en sus políticas y relaciones, por encima de étnias, culturas e ideologías, nuevos términos a los que hizo referencia el Secretario General de la OTAN, Javier Solana, al analizar, el 6 de Octubre en Barcelona, el proceso de cambios que están afectando a Europa y España en este fin de siglo, provocados, según afirmó, por la globalización y transformación tecnológica.

En ello ha tenido mucho que ver el avance y difusión de la informática y de las telecomunicaciones, la integración de los mercados financieros, los flujos de capitales e inversiones, el comercio entre las naciones y la desaparición de barreras arancelarias.

Esa globalización se hizo perceptible en la última cumbre de los siete países más ricos o «G-7», que finalizó el 22 de junio en Denver, en la que no se alcanzaron grandes acuerdos debido a varios factores, entre otros, la insistencia de Clinton en admitir a Rusia como octavo miembro, lo que desde una óptica económica no se sostiene y a lo que se opuso Japón en tanto no se le devuelvan las islas Kuriles; por las discrepancias surgidas sobre quién debía asumir las responsabilidades del escaso cumplimiento

de los acuerdos de Dayton, pues mientras unos culpan por igual a croatas, serbios y bosnios musulmanes, otros apuntaban únicamente a los serbios; y, finalmente, por aspectos relacionados con la política medioambiental, preocupación de todos los gobiernos, como se ha visto, en Marzo, con la convocatoria de una reunión sobre el tema por la Unión Europea o por la convención sobre el clima, en Kioto, celebrada a primeros de Diciembre, en la que se lograron acuerdos mínimos de difícil cumplimiento por muchas naciones.

Asimismo, se pusieron de manifiesto dos políticas enfrentadas que inciden y condicionan el desarrollo del mundo actual, el llamado «modelo americano» basado en la flexibilización del empleo y en el dinamismo del sector privado y el «modelo europeo», que se basa, en gran parte, en el estado providencia y en la política social, habiéndose puesto de manifiesto en estos últimos años que, mientras el modelo europeo provoca paro y cierta desaceleración económica, el modelo americano no solo crea puestos de trabajo sino que su economía es más competitiva, incluso, que la de los llamados «dragones asiáticos».

Ese nuevo fenómeno al que se achaca, en parte, la desintegración de la URSS y que se está imponiendo en China, tuvo su origen en el análisis de la situación en ciertas naciones, como Corea del Norte, Vietnam, Irán o Cuba, con economías dirigidas y estructuras arcaicas, que pretendían, y todavía pretenden, subsistir y crecer en plena autarquía y, por tanto, sometidas a un gran aislamiento que las incapacita para competir con aquellos otros países integrados en una economía de libre mercado pues, como el GATT proclamó, en 1993, solamente la supresión de trabas arancelarias y una legislación atrayente conducen a mejorar el nivel de vida de las naciones.

Afortunadamente, puede afirmarse en 1997 que el nuevo sistema parece afianzarse en dos países muy especiales, como son Rusia y China. La primera, a pesar del inmenso caos político, social y económico por el que atraviesa, mientras que China, pese a su inmovilismo político y a la rigidez de sus instituciones, trata de liberar sus actividades comerciales y financieras con el fin de lograr una rápida integración en los mercados mundiales, paso esencial para un futuro cambio político.

Pero, entre los detractores de la globalización, hay quienes acusan al sistema de que la llamada mundialización no solo no reduce las desigualdades entre los pueblos poco desarrollados y suministradores de materias primas con respecto a los productores de bienes de equipo y consumo,

sino que las aumenta, por lo que solo beneficia a Occidente, aunque debe señalarse que, quizá, también se deba a que muchos de aquellos países temen la incidencia de la mundialización en su política interna.

Por otro lado, también se aduce que los centros de decisión financiera y económica no solo se convierten aceleradamente en centros de poder político, sino también en fuentes de conflicto, al escapar paulatinamente las decisiones de dichos centros al control de los poderes nacionales o condicionar a estos, como acabamos de ver, en el pasado Septiembre, con el acuerdo de la multinacional francesa «TOTAL» con el gobierno iraní, que ha sentado muy mal en Washington.

Pero, frente a esas críticas aparecen estados como Singapur, Malasia, Taiwán, Thailandia o Indonesia que, aunque a partir de la primavera de 1997 su rápido crecimiento se ha visto obstaculizado por la caída en cadena de sus monedas, esto no ha impedido que, entre 1995 y 1997, hayan cuadruplicado su participación en el comercio mundial y elevado a cotas máximas sus respectivos PIB, gracias a haberse integrado en el nuevo sistema.

Otro suceso fundamental en estos últimos años se relaciona con la aparición de medidas que tienden a afirmar el nuevo sistema, entre otras, los acuerdos de ampliación de la Unión Europea y su marcha hacia el Euro; sus relaciones con Mercosur y con la zona de libre comercio Canadá-EE.UU-Méjico para eliminar barreras comerciales; las propuestas del Presidente Clinton en el pasado Octubre, durante su gira por Iberoamérica, de conectar las dos anteriores organizaciones americanas; el nacimiento de la Comunidad Económica de Africa Occidental y la del Desarrollo del Africa del Sureste; el nuevo papel de la ASEAN o los esfuerzos de la Asociación Asia-Pacífico para liberar los intercambios en el área en el año 2010, etc, pudiendo aún añadirse el acuerdo tomado en Diciembre por la Organización Mundial de Comercio, de liberalizar, a partir de Marzo de 1999, los servicios financieros, lo que impulsará el crecimiento de la economía mundial y restaura la confianza en los mercados asiáticos.

Prueba de esas interdependencias que ofrece el nuevo sistema se tuvo el 27 de Octubre, en que el derrumbe de la bolsa de Hong Kong arrastró a las del resto del mundo, volviéndose a repetir las caídas en cadena el 20 de Diciembre, por el simple hecho de quebrar un importante banco japonés.

No obstante, se debe resaltar que esas organizaciones solamente profundizan en la vertiente económica, financiera y comercial y, aunque en 1997

se ha seguido progresando hacia la deseada globalización, se ha caminado muy poco en la esfera política, de seguridad, de los derechos humanos o de la solidaridad humana y social, vertientes en las que el mundo parece atascado.

Basta con detenerse en Europa para advertir que el drama de la desintegración yugoslava, que desencadenó la guerra civil, se debió, en gran parte, a la convicción de eslovenos y croatas de pertenecer a Occidente por raza, cultura y religión y no al mundo eslavo, mientras que odios profundos acumulados durante tres siglos de dominio turco enfrentaban a bosnios musulmanes y a serbios ortodoxos, continuando Bosnia, en estos días, dividida entre tres pueblos hostiles y de muy difícil integración.

Por otro lado, siguen latentes los nacionalismos, intereses políticos privativos, y el recuerdo de agravios sufridos en el pasado, pues basta contemplar el permanente contencioso greco-turco y turco-chipriota o entre Hungría y Rumanía por las minorías étnicas, por no asomarnos al avispero del Caúcaso, que incluimos en Europa y no en Asia. Añádase que la división de Checoslovaquia respondió tanto a causas económicas y de mentalidad como a un sentimiento eslovaco de terminar con muchas décadas de subordinación a Praga: mientras se asiste al nacimiento de estados que jamás existieron, como Ucrania, Bielorrusia, Moldavia o Macedonia, cuando no surgen insatisfacciones heredadas, caso de los países bálticos.

Pero esos antagonismos que dificultan la mundialización se reproducen también tanto en naciones con unidad política muy vieja, caso de España y Francia, como en estados de reciente formación, como vemos en Italia con el problema de la Liga Norte, o en Bélgica con la rivalidad entre valones y flamencos, aunque puede afirmarse que, en todos los casos, los sentimientos de creerse distintos se suelen manipular para ocultar la realidad histórica y hasta social.

Pero esos problemas también alcanzan, en estos días, a la que parecía nación monolítica, el Reino Unido, en donde Escocia y Gales han optado, de momento, por una autonomía restringida, reivindicando una situación de hace más de cuatro siglos; por no citar el sempiterno conflicto irlandés o el de la antigua URSS, que se disgregó en múltiples e inviables estados al faltar un fuerte poder central, países en muchos casos rivales al diferenciarse étnica, lingüística y religiosamente, casos de Armenia, Georgia, Chechenia o Repúblicas asiáticas, y sin que el modelo chipriota, isla dividida hace 20 años, pueda ser un ejemplo a seguir o imponer.

Aunque todos esos nacionalismos proclaman que es un derecho de los pueblos determinar su futuro, su invocación no solamente podría abrir heridas de difícil curación sino que conduciría a la atomización del Viejo Continente, impidiendo, precisamente, esa posible y deseable unión política y económica Europea. Y si ese triste panorama se ofrece en Europa en 1997, puede calcularse cual podría ser la situación, ya muy deteriorada, en el continente africano y, en menor medida, en el asiático.

Pero además, los buenos augurios que parecía ofrecer el final de la guerra fría, esto es, terminar con los conflictos armados mundiales que en muchos casos finalizaron con acuerdos de paz y reconciliación, de Centroamérica a Camboya y de Angola al Pakistán, no solamente no se han afirmado sino que han surgido nuevos conflictos y tensiones, como acabamos de contemplar en el Cáucaso, Balcanes o Africa Subsahariana, lo que implica un rechazo a esa homogeneización mundial; conflictos en los que intervienen los factores clásicos: étnicos (Ruanda, Zaire, Bosnia), disputa de un territorio (Israel-Palestina o India-Pakistán), religiosos (Argelia o Afganistán), económicos (Chechenia), etc., interviniendo generalmente varios de esos factores conjuntamente.

Por todo ello, aunque se ha avanzado mucho, cabe interrogarse si esa pretendida mundialización sólo alcanza al campo económico y cómo se debe evolucionar para alcanzar la meta propuesta, que ya debe encontrarse en el próximo siglo.

En nuestro caso, España ha logrado incorporarse con alta puntuación al nuevo sistema, dando un paso de gigante, por lo que debemos preguntarnos dónde estábamos y a dónde hemos llegado en ese proceso de globalización.

No hace falta remontarnos al siglo XIX para comprobar que, hasta hace pocas décadas, nuestra Patria vivió sumergida en un profundo aislamiento, lo que conllevaba la existencia de estructuras anticuadas, una opinión pública mal informada y poco cultivada e indiferente a cuanto acontecía en nuestro entorno, esterilizándose nuestros esfuerzos e ideas colectivas en mantener fobias y filias, como se pudo comprobar en las dos últimas guerras mundiales.

Como era natural, dicha situación no solo no nos homologaba con Europa Occidental sino que pesábamos muy poco en el ámbito internacional, razón de que nuestra política exterior, que condicionaba la de seguridad, fuera incapaz de establecer directrices y líneas de acción a medio o largo

plazo, variando sus objetivos en función de los acontecimientos. Esa situación se mantuvo durante muchas décadas de este siglo, obstaculizando nuestra incorporación al mundo que hacía siglos habíamos contribuido a modelar y, por tanto, al que pertenecíamos por derecho propio, pero del que, paradójicamente, nos sentíamos ausentes.

Ese atraso y ausencia, únicamente roto por el convenio militar suscrito con los Estados Unidos y por nuestra tardía entrada en la ONU, se superó en las dos últimas décadas, en las que no solo se normalizaron nuestras relaciones exteriores, participando en organismos mundiales y europeos y ocupando compatriotas nuestros altos cargos de responsabilidad, sino que se supo elaborar una política económica, social, exterior y de seguridad que nos ha permitido integrarnos en el proceso de globalización y convertir a nuestro país, en estos años, en una nación respetada, pragmática y con un peso propio en Europa y Occidente, conociendo cuál es nuestro futuro y cómo alcanzarlo, aspectos que señalaremos en los próximos apartados.

Afirmación del liderazgo mundial de los Estados Unidos

En 1997, año en el que comenzó el segundo mandato del Presidente Clinton, Norteamérica se reafirmó en su liderazgo mundial, apoyada en su continuo crecimiento económico durante los últimos siete años, que se situará en este ejercicio en un 3,5%, para pasar a un previsto 2,2% en 1998, crecimiento que ha generado una política de confianza dentro y fuera de sus fronteras, como se pone de manifiesto en la aceptación mundial de bonos federales.

Por otro lado, se asistió a una continua escalada del dólar, estimulada, en parte, por la depreciación de las divisas de los llamados «dragones asiáticos», que buscaron refugio en dicha moneda, así como por la convicción norteamericana de que el Euro tardará en ser tan fuerte como el marco; y si esa subida perjudicó sus exportaciones, ayudó, por el contrario, a impulsar el crecimiento europeo.

Por todo ello, puede asegurarse que, en 1997, los Estados Unidos han gozado de una prosperidad no conocida desde los tiempos de Reagan, con una inflación controlada; un paro mínimo con aumento sostenido del empleo; una gran competitividad internacional; una industria informática y de telecomunicaciones en vanguardia y floreciente; unos mercados bursátiles en alza arrastrando a las bolsas mundiales, etc; gracias tanto a una

estricta disciplina monetaria y fiscal como a su capacidad organizativa, iniciativa y agresividad del sector privado, lo que contrasta con la fe de los gobiernos europeos en el sector público, debiendo recordarse que solo el 34 % de los recursos norteamericanos se dirige al sector público, frente al 48% en Alemania.

Esa excelente marcha de la economía es la que condujo a Clinton, a finales de Julio, a pactar con los republicanos un presupuesto sin déficit hasta el año 2002, algo que no sucedía desde hacia 30 años, disfrutando de paso los contribuyentes de un gran recorte fiscal, lo que ha satisfecho tanto a los demócratas como a los republicanos.

No obstante, llama la atención en esos presupuestos no ya la ampliación de las partidas consagradas a la sanidad sino la notable reducción de los presupuestos de Defensa, al pasar del 4,3% al 3,4%, el más bajo de los últimos 50 años, lo que, por lo pronto, implica una reducción de efectivos, quedando la nueva capacidad militar norteamericana en un nivel de fuerzas equivalente a los 4/5 de las que disponía durante la guerra fría.

Sin embargo, dicha reducción parece que no afectará a la investigación tecnológica militar y, por ello, a la modernización de su arsenal, en el que continúan figurando unas 10.000 cargas atómicas, cuyo mantenimiento absorbe unos 60.000 millones de dólares anuales.

En relación con esas investigaciones, aunque Washington asegura que no se diseñan nuevos sistemas de armas ni se realizan detonaciones nucleares experimentales, concentrándose únicamente en el mantenimiento y mejora de las cargas que ya se poseen, esas afirmaciones no concuerdan con el reconocimiento, por el Departamento de Energía, de que en Julio de este año se han efectuado varias explosiones en el desierto de Nevada. Añádase a ello que, en Agosto pasado, fuentes del mismo Departamento indicaban que se trabajaba en la puesta a punto de nuevas armas, entre otras, carga W87 para el misil MX; bombas inteligentes para los bombarderos B-16; cabezas W76 y W88 para los misiles submarinos Trident; armas furtivas de alta precisión concebidas para destruir objetivos puntuales; radares o refugios protegidos, así como detonadores para las bombas de Hidrógeno, lo que podría ir contra lo estipulado en el Tratado de prohibición de pruebas nucleares, firmado pero no ratificado por el Congreso.

Esa pujanza norteamericana se puso asimismo de manifiesto el 4 de Julio, fecha de la llegada a Marte de la sonda espacial Pathfinder, dos décadas después de la misión del Viking, que depositó en el suelo del planeta rojo

el vehículo de reconocimiento *Sejourner*, éxito que contrasta con el comportamiento de la renqueante estación orbital rusa *Mir*, sometida desde el 25 de Junio a múltiples averías.

En la esfera estratégica, aunque los conflictos regionales ocupan un lugar destacado en los planteamientos del Pentágono, la atención se dirige a evitar que surjan o resurjan en el futuro potencias hostiles, como China o Rusia, que pueden discutir y hasta arrebatarse el actual liderazgo a Norteamérica, aunque se advierte que, en todos los casos, antes de llegar a una confrontación armada se acudirá al diálogo político, sanciones y embargos comerciales y hasta bloqueos si se escalase la crisis, medidas siempre respaldadas desde una posición de fuerza manteniendo, a tal fin, una suficiente pero fuerte capacidad militar capaz de aplicar el binomio persuasión-disuasión mediante despliegues y demostración de fuerzas para, si fracasan todos los esfuerzos, hacer uso del arsenal militar en sus dos vertientes, convencional y nuclear.

Dentro de esas directivas se establecen dos hipotéticas líneas de acción: la posibilidad a medio o largo plazo de tener que hacer frente a dos conflictos importantes y simultáneos y, al mismo tiempo, a un conflicto regional; posibilidad calificada de improbable; o enfrentarse solamente a una gran potencia y a un conflicto regional, aunque se admite como posibilidad más real verse obligados a intervenir simultáneamente en dos conflictos regionales o más probablemente todavía en uno solo, de características similares a la guerra del Golfo.

Asimismo, dentro de las directrices estratégicas, la política de seguridad americana tratará de controlar, vigilar, permanecer y ser fuerte en ciertas áreas que las considera las más importantes del globo: Europa-Atlántico, Asia-Pacífico y Mediterráneo-Oriente Medio.

Con respecto a Europa, Washington afirma que la reducción de fuerzas en el Viejo Continente y su deseo de no participar en sus conflictos internos —si estos no amenazan el actual «status» regional o internacional— no implica renuncia alguna a su compromiso de defender Europa; se reafirma, a cambio, en su deber de potenciar el papel de la OTAN.

En el teatro asiático, los Estados Unidos seguirán manteniendo su actual nivel de fuerzas en el Japón (Okinawa) y Corea del Sur, encaminando sus directrices tanto a seguir con discreción el desarrollo económico y militar de China —con el fin de poder contrarrestar, llegando el caso, sus posibles deseos de expansión o ampliación de su natural área de influencia— como

a estar atentos a la evolución de Corea del Norte, para evitar, si esta continúa deteriorándose, un posible ataque a Corea del Sur, bien que el estamento militar norcoreano —según se ha puesto de manifiesto en Octubre pasado— busca establecer una nueva política de apaciguamiento, quizá obligados ante el colapso económico que sufren y por disponer de un arsenal obsoleto y de difícil reposición. Finalmente, también se admite en esta área la posibilidad de un choque indo-pakistaní, que podría derivar a nuclear.

En cuanto al Mediterráneo y Oriente Medio, después de la guerra del Golfo este teatro ha pasado a un primer plano, dirigiendo la estrategia americana sus líneas de acción a hacer frente a las crisis permanentes que castigan periódicamente a la región; a prevenir cualquier amenaza contra los regímenes árabes aliados o protegidos, potenciando, de paso, su poder militar; a reforzar su influencia en Marruecos, Egipto y Jordania, siguiendo la evolución del integrismo islámico en la zona; y por último, controlar y parar una posible agresión, a medio plazo, de Irak o Irán. A este respecto, se considera que mientras Irán evolucione, como parece, hacia una mejora de sus relaciones con Occidente y aumente las inversiones extranjeras, la amenaza disminuirá; en cuanto a Irak, con los embargos y sanciones que sufre, mientras no modernice sus ejércitos y se recupere de las pérdidas de la guerra del Golfo, dicha hipótesis pierde gran valor, habiéndose abierto en Noviembre una gran crisis, con riesgo de escalada militar, al expulsar Irak a los técnicos norteamericanos de la ONU encargados de comprobar el arsenal químico, biológico y nuclear que puede ocultar Bagdad, crisis que, tras la intervención de Rusia, logró de momento apaciguarse, con el regreso de dichos técnicos.

Dentro de ese teatro, Washington ve con preocupación el paulatino deterioro del proceso de paz árabe-israelí, no descartando que pueda surgir un nuevo conflicto con incidencia directa sobre los países vecinos.

Pero, sin duda, la mayor novedad conocida en 1997 es el interés de la estrategia norteamericana por integrar dos nuevas líneas de acción, eminentemente económicas y políticas: la referida a la zona del Golfo de Guinea, entre Benin y Angola, y la que comprende las nuevas repúblicas ex-soviéticas del Asia Central; regiones que se consideran de especial atención y sobre las que se incide por idénticos motivos, debido a las perspectivas que ofrecen de convertirse, en el próximo siglo, en dos regiones petrolíferas tan importantes como hoy lo es la del Golfo, desplazando en la primera la influencia francesa.

Otros conflictos que Washington considera creíbles y posibles se relacionan con: un ataque o bloqueo a Taiwán; nuevos y violentos conflictos en el África Subsahariana; recrudecimiento de la crisis en los Balcanes; internacionalización de la guerra civil afgana; intervención rusa en países de su antigua zona de influencia y establecimiento de regímenes integristas en puntos del mundo musulmán.

Con respecto a la OTAN, hay claras pruebas en 1997 para no dudar de que los Estados Unidos ejercen potentemente su liderazgo. Después de conseguir que se transformase en el brazo armado de la ONU en la antigua Yugoslavia, para asegurar la aplicación de los acuerdos tomados por el Consejo de Seguridad y en Dayton, en el pasado mes de Julio, en Madrid, Washington vetó la pretensión francesa de que un europeo ejerciese el mando Sur de la Alianza, aduciendo que el Mediterráneo, donde se mantiene la VI Flota, no integrada en la Organización, es vital para su estrategia nacional, al enlazar el Atlántico con uno de sus teatros más importantes, el de Oriente Medio.

Asimismo, en Madrid logró que sus candidatos, Polonia, Hungría y Chequia, pudieran entrar en la Alianza, aplazándose, por el contrario, la adhesión de Eslovenia y Rumanía, apadrinadas por Italia y Francia. Claro es que tales adhesiones respondían a una percepción aliada de lo que significa la seguridad europea, tratando así de evitar que Rusia, si volviera a ser gran potencia, pudiera recrear su antigua zona de influencia, al encontrarse con que los límites de separación Este-Oeste se han desplazado a sus fronteras, aunque, para atenuar el disgusto de Moscú, Clinton asumió e impulsó el acuerdo OTAN-Rusia, firmado en París el 27 de Mayo de este año.

Finalmente, ese liderazgo se ha mostrado de nuevo en Octubre, cuando el citado Presidente, días antes de su gira por Iberoamérica, convirtió a la Argentina en «miembro de la OTAN», designación que responde a unos claros intereses económicos.

Apagados pronto los ecos del 98, las relaciones EE.UU.-España se mantendrán a lo largo de 50 años dentro de un clima de normalidad y cordialidad, pero con escasos contactos en las esferas políticas, culturales y militares. Habrá que esperar a 1953 para que ambos países vuelvan a encontrarse, a través de unos acuerdos militares y de seguridad que, en el momento, eran políticamente beneficiosos, pero que atrajo sobre nosotros una serie de riesgos, como los de un ataque preventivo soviético o accidentes como el de Palomares; riesgos que no tuvieron que soportar otros

países europeos, pese a ser miembros de la OTAN, pero que eran inherentes a la utilización de nuestros espacios terrestres, aéreos y marítimos por la primera potencia del mundo, que los necesitaba para ejercer sus funciones de apoyo a la defensa de Occidente y a la política norteamericana en el Mediterráneo.

Esa situación se superó, felizmente, en 1983, con nuestro ingreso en la Alianza Atlántica, que puso de manifiesto que nuestra solicitud respondía, más que a lograr una garantía de defensa nacional, a consideraciones de solidaridad con Europa, en la que se nos admitiese ya sin previas condiciones.

Pese a ello, las bases y los acuerdos no pasaron a un segundo plano; continuaron teniendo importancia hasta la caída del Muro de Berlín, momento en el que se replantearon nuestras relaciones mutuas, comenzando la paulatina retirada de fuerzas y abandono de bases. No obstante, ciertas instalaciones seguirían siendo vitales para la estrategia global norteamericana, como se puso de manifiesto en la guerra del Golfo, razón por la que, en 1997, se acordó mantener los contactos bilaterales y uso de algunas instalaciones, por parecer imprescindibles ante crisis y conflictos en el Mediterráneo y Oriente Medio.

La construcción europea

El acontecimiento más importante en 1997 fue la reunión de Junio en Amsterdam de los países comunitarios, en la que, si no se alcanzaron acuerdos trascendentales, sí se proclamó la posibilidad de nuevas adhesiones, logrando España ciertas concesiones sobre asilo político y ventajas para Canarias, en un momento en que la OCDE afirmaba que nuestro país cumpliría los criterios y fechas establecidos en Maastricht.

Pero si en la actual década se han alcanzado grandes logros, no todos ellos han sido positivos, pues, si se avanzó hacia el mercado único, en la actualidad continúan las diferencias en relación con lo acordado en Febrero de 1992, especialmente en el reparto de poderes en relación con el factor población, tema que las naciones de menor densidad humana se resisten a aceptar para no perder parcelas de poder. Esto es algo absurdo puesto que los cinco países más poblados, con un 80% del total de la Comunidad, solo disponen del 55,17% de los votos, situación que proviene de la época de su creación, cuando los padres fundadores trataron de no marginar a los tres países del Benelux.

Pero puesto que la integración europea descansa en el compromiso de que todos los estados miembros ejerzan idéntica soberanía y por tanto, idénticos derechos, sea cual fuere su demografía; si la Comunidad quiere avanzar sin traumas se verá obligada a variar la forma de tomar decisiones. Estas se basan en el binomio Mayoría-Unanimidad: mayoría en temas presupuestarios, impuestos o cambios al Tratado, y unanimidad en asuntos de investigación o asignación de fondos; sistema anacrónico porque permite que un solo estado pueda bloquear con su veto una decisión y que los países de menor peso puedan imponerse a la mayoría.

La solución debería pasar por el consenso, en el que deben pesar, por un lado, las propuestas de los países con mayor responsabilidad en materias de defensa y política exterior y, por otro, encontrar en las restantes esferas acuerdos puntuales, constructivos y conciliadores, pues si actualmente los grandes han ido perdiendo representatividad en las sucesivas ampliaciones aún podrían perder más ante futuras adhesiones.

Hay también dos problemas que, en 1997, continúan incidiendo negativamente en la Comunidad; el primero, que la mitad de su presupuesto se dirige a la política agraria y, luego, su enorme burocracia dotada de gran poder que, como vimos en el caso del aceite español en este mismo año, desconoce en gran parte los problemas sobre los que, sin embargo, toma decisiones; pudiendo añadirse la incidencia sobre ella de grupos de presión políticos y económicos, como también se ha puesto de manifiesto en este año. Una solución que se apunta sería aplicar las ideas del Secretario General de la ONU, expuestas el 16 de Julio: reducir los presupuestos y comisiones, fusionar programas, etc.; como forma de disminuir ese exceso de funcionarios.

Puesto que la Unión Monetaria supone un paso decisivo para avanzar hacia la unidad europea, en 1997 la marcha hacia el Euro se ha consolidado, aunque algunos temen que futuras adhesiones puedan debilitarlo, ahondándose las diferencias con el dólar si la economía americana prosigue su sólido desarrollo.

Actualmente, hay señales de que el Euro no parece ser bien visto por los Estados Unidos, pues temen que, con su implantación, la Comunidad se convierta en la principal área económica del mundo, gozando del mismo peso específico que Norteamérica y superando al Japón; lo que, a su vez, comprende mal la opinión pública alemana, que prosigue viendo en el marco el símbolo del bienestar, olvidando que conforme se establece la nueva moneda europea irá privando al dólar y al yen de cuotas de poder.

Pero también conocimos en Octubre que más de la mitad de los británicos rechazan la Unión Monetaria, lo que puede forzar al Primer Ministro a una consulta popular, rechazo que, asimismo, acaba de suscribir Suecia, al anunciar su gobierno la renuncia a entrar en la moneda única por no disponer de suficiente respaldo en la opinión pública.

También existen sectores que estiman que el Euro comenzará siendo débil, por la incertidumbre que implica el plazo de su introducción; por no conocer todavía qué países entrarán en la primera fase; por el impacto de las nuevas adhesiones o por la paridad que alcance frente al dólar y yen pues, como nos recuerda el pasado, fue la debilidad del marco, al finalizar la Primera Guerra Mundial, la que no solo elevó la inflación y acabó con los jubilados, sino que produjo una tal perturbación social que condujo a Hitler al poder a través de las urnas.

Asimismo, ciertos expertos, como Kissinger y premios Nobel en economía, estiman que sería más acertado construir Europa, no sobre la moneda única sino profundizando en la liberalización y libre circulación de personas, mercancías y capitales, pues favorecería la incorporación de muchas economías que a medio plazo difícilmente podrán cumplir los criterios de convergencia, pero sí podrían actuar en los mercados sin fronteras.

Dos debates se abrieron, asimismo, en 1997. El primero sobre el reparto de los costes de ampliación de la Comunidad, que impulsó a Alemania a solicitar la retirada a nuestro país de los Fondos de Cohesión al entrar en la moneda única, olvidando Bonn que cumplir los criterios de Maastricht no significa que hayamos reducido las diferencias de renta con los países mejor situados de la Comunidad; polémica de momento zanjada, al acordarse evitar este tema en la cumbre que tuvo lugar en Diciembre, en Luxemburgo, en la que se acordaron medidas para luchar contra el paro y se trató de la adhesión de nuevos países a la Unión Europea.

El segundo debate lo abrió igualmente Alemania en el pasado Agosto, al anunciar su intención de reducir sus aportaciones, en este momento el 60% de los gastos comunitarios, rompiendo los criterios de Bruselas de que la contribución de cada estado sea en función de su riqueza, aunque hay unanimidad en afirmar que el 1,27% del PNB comunitario es insuficiente para integrar nuevas naciones. En la cumbre de Luxemburgo, España, con el apoyo de Alemania, logró que no se vinculase la adhesión de nuevos países a la financiación, evitando y congelando una propuesta de Chirac de que la futura ampliación la pagasen los países más pobres y que Madrid entregara algo a cambio de nada.

Pero, por encima de consideraciones puramente económicas, el escenario de comienzo del siglo XXI dependerá de la situación geopolítica y geoestratégica del continente entre los años 2000 y 2010, según prevalezcan factores económicos o de seguridad, que a su vez dependerán de la evolución de Rusia y otras áreas, próximas o lejanas, en un sistema mundializado.

El 16 de Junio de 1997 se abrieron las puertas de la Comunidad a Polonia, Hungría, Chekia, Estonia y Chipre, esperándose los primeros ingresos en el año 2002, aunque el actual veto griego a Turquía entraña el de este país a Chipre por otras vías, entradas que tendrán un alto coste para países como España, Italia, Grecia y Portugal, al tener que desviarse grandes sumas hacia aquellos países. Con respecto a Turquía, la Unión Europea le ofreció en Luxemburgo el tratamiento de candidato y poder participar en una Conferencia Europea a cambio de no obstaculizar la entrada de Chipre en la Unión, mejorar su contencioso con Grecia y respetar los derechos humanos. Ankara respondió dolida, con razón, de que la Unión Europea defendía las tesis griegas, amenazando con anexionarse Chipre Norte, al tiempo que acusaba a Bruselas de ser un «club» de cristianos, grave problema que debe hacer reflexionar y no olvidar que hoy es el principal valladar de Europa contra el fundamentalismo islámico, así como observar el velado disgusto de Washington, que considera a Turquía como un fiel aliado.

En cuanto al resto, Eslovaquia se ve rechazada por insuficiente democratización; Bulgaria, porque pese a sus avances políticos debe mejorar su economía; Rumanía, dado que debe hacer esfuerzos en la esfera política y ser un país más competitivo; Malta, por cambio de gobierno que rechaza la adhesión; Letonia, cuando resuelva el problema de las minorías étnicas, como la rusa, y progrese en su desarrollo; y Lituania, aunque cumple políticamente, no mejora su situación económica.

Pero el gran problema que tardará en resolverse es el de la integración política, pues por mucho que se quieran hacer ver los pasos dados hasta ahora y los que se anuncian en un próximo futuro, continuarán siendo esencialmente económicos.

A este respecto, no se olvide que Europa no solamente la componen los miembros comunitarios sino también otros países como Suiza, Rusia, Croacia, Bosnia, Serbia, Macedonia, repúblicas caucásicas y hasta Turquía; y en un mundo globalizado, sometido a múltiples interdependencias e interacciones, es preciso tener muy presentes los mandatos de la geopolítica

pues, si fallan o se ignoran, procederían de los propios países europeos las perturbaciones, crisis y bloqueos.

Para evitarlo se exige, en primer lugar, elaborar unas políticas que se dirijan directamente al alma de los diferentes pueblos, con el fin de hacer desaparecer prejuicios, soberbias, viejas o nuevas rencillas y nacionalismos trasnochados pues, mientras no se modelen unas relaciones basadas en la solidaridad, respeto mutuo e igualdad de oportunidades, será difícil que Europa pueda hacer frente a los grandes retos del siglo XXI en igualdad de condiciones que las grandes potencias o bloques, actuales o emergentes.

En cuanto a España, la Comisión Europea ha reconocido, finalizado el año, que su situación es una de las más prometedoras en Europa, habiendo demostrado nuestras posibilidades y capacidad de rápido desarrollo. De ahí que se certifique que no solo cumplimos los criterios de Maastricht mejor que Francia, Alemania y otros países, sino que seguimos reduciendo nuestro déficit y controlando la inflación, al mismo tiempo que el crecimiento supera la media de la Comunidad. Este panorama solamente lo ensombrece el alto nivel de paro, doble de la media europea comunitaria, aunque se compensa con una creciente creación de empleo que, no obstante, no es suficiente para situarnos en los niveles de otros miembros. Por otro lado, en Diciembre España vetó seis iniciativas de colaboración entre la Unión Europea y Gibraltar, presentadas por la presidencia luxemburguesa con verdadera torpeza y desconociendo tanto las tesis españolas como el fondo de nuestro contencioso.

Por todo ello, España ha logrado en 1997 situarse en el «pelotón de cabeza europeo», siendo inimaginable hace diez años que España contaría con sus propias multinacionales, como son Telefónica y Endesa, así como que españoles ocupasen puestos preferentes en las organizaciones internacionales, entre otros Secretario General de la OTAN, Director de la UNESCO, Presidente del Parlamento Europeo, del Tribunal de Justicia de la Unión Europea o de la Asamblea Parlamentaria de la UEO.

La Alianza Atlántica y la defensa de Europa

Dos importantes problemas dominaron la reunión de la OTAN en Madrid en el mes de Julio: la ampliación a algunos países de Europa Central y la reforma de la estructura militar integrada; planeaba, asimismo, sobre aquella, un nuevo factor, el Acta Fundacional, firmada el 27 de Mayo en

París entre Rusia y la Alianza, que establece las relaciones entre antiguos adversarios.

Aunque se acudió a dicha reunión sin consensos previos y sin conocer, de antemano, el resultado de las decisiones que se tomarían, entre otras, el encaje de España en la estructura militar, sí se percibían los puntos de vista de los Estados Unidos, entre los que figuraban que ninguna democracia europea podía quedar fuera por su posición geográfica; reforzar los vínculos de la Organización con todos los países europeos, aspirasen o no a ser miembros; consolidar la Asociación por la Paz y el Consejo Asociado Euroatlántico y comprobar que los países que pretendieran integrarse cumplieran un cierto desarrollo económico, etc.

Aunque el mundo que se diseñó en Yalta en 1945, y que dio origen a la Guerra Fría y por tanto al nacimiento de la OTAN, se ha visto superado, la nueva Alianza debe redefinir sus futuros objetivos y finalidades para acallar a quienes sostienen que las actuales amenazas no requieren el presente esfuerzo militar, puesto que estas, en 1997, continúan, aunque variados sus ejes, como lo demuestran las inestabilidades y conflictos que surgen en áreas próximas o en contacto con la Organización, desde los Balcanes al Caucaso y del Oriente Medio al Norte de África, que en algún momento pudieran afectar a la seguridad occidental.

Hay también analistas que opinan que el ingreso de antiguos países del llamado Este puede provocar en Rusia un cierto sentimiento de incertidumbre sobre su seguridad, conduciendo a un rearme y aislamiento hostil. Asimismo, otros sectores estiman que Rusia todavía sueña con recrear su antigua zona de influencia; y si actualmente parece una nación pacífica y hasta democrática, a medio o largo plazo podría experimentar cambios políticos, o incluso militares —algo no obstante improbable— que introdujesen una política de confrontación y hasta una cierta agresividad.

Tales opiniones, aunque creíbles, no responden, de momento, a la realidad, pues basta observar los recortes presupuestarios en materia de defensa en la Alianza —aunque España los aumente en 1998 por ser excesivamente bajos— para adivinar la voluntad europea de establecer unos verdaderos lazos de amistad y cooperación en todo el Continente, porque si existe en 1997 alguna amenaza, esta provendrá de las áreas anteriormente citadas.

Por otro lado, la ampliación de la Alianza era necesaria para no perpetuar la división de Europa, por los peligros que ello entrañaría, y acabar con los

recelos que aún abrigan ciertos países, como Polonia, que ha temido convertirse en «zona gris» o de «amortiguación» entre Alemania y Rusia; así como para resolver los problemas que todavía suscitan las minorías étnicas y ciertas reivindicaciones territoriales que, durante décadas, animaron los conflictos en Europa, evitando que vuelva a repetirse el drama yugoslavo.

En relación con el Acta Fundacional, se ha buscado tanto evitar el retorno de un nuevo imperialismo ruso como disipar el temor de Moscú de que no se le reconozca como gran potencia continental, mostrándose, de paso, el deseo de la Alianza de preservar el actual «status» en el Viejo Continente.

No obstante, dicha Acta, que Rusia firmó en plan de igualdad para consultas mutuas en casos de crisis o en asuntos de desarme y no-proliferación, ha tenido diversas interpretaciones; para unos, podría resucitar tensiones si Moscú la considera como un medio que le otorga plena voz y, en ciertos casos, veto, ante una situación que afecte a la seguridad europea; mientras que para otros, sin bajar la capacidad militar de la OTAN, limita la posibilidad de futuros enfrentamientos o, como anunció Kissinger, que sea un paso para establecer un condominio ruso-americano sobre la vieja Europa, declaración un tanto asombrosa por provenir de un prestigioso político norteamericano.

En todos los casos, en Bruselas se afirma que el Acta no tiene carácter vinculante, a pesar de haber sido firmado por los Jefes de Estado de la Organización; y que la posible implicación de Rusia dependerá de los propios europeos, esto es, si no logran concertar una política exterior y de seguridad común, prevista en el artículo V del Tratado de Maastricht.

En 1996, en la capital alemana se acordó que Europa podría, por sí sola, desarrollar una política propia de defensa, complementaria con la OTAN pero sin copiar las estructuras de la Alianza, con el fin de garantizar la paz en el Continente, propósitos que, por desgracia, no se confirmaron en la crisis yugoslava ante las divergencias surgidas sobre cómo actuar e intervenir, obligando finalmente a los Estados Unidos a hacerse con la dirección política y militar.

Pero realmente, esas divergencias se pusieron de manifiesto cuando Alemania aprobó la creación de una brigada europea siempre que se realizase dentro del marco de la OTAN, lo que disgustó a París; reservas que, asimismo, hizo suyas el Reino Unido sobre una defensa puramente Europea.

Pero hubo algo más, pues si en Berlín se acordó crear agrupaciones multinacionales vinculadas a la Unión Europea Occidental, para actuar sin participación norteamericana, el texto del acuerdo fijaba que, para entrar en acción, necesitarían un consenso previo con la Alianza, que recaería sobre los mandos atlánticos el seguimiento permanente de las eventuales operaciones y que se apoyarían logísticamente en la Organización, lo que significaba que sería la Alianza la que señalaría los términos de dichas asistencias.

En relación con la ampliación para 1997, el problema báltico pasó desapercibido en Madrid, dos líneas en el comunicado final. Realmente, las pequeñas repúblicas buscan en esa integración tanto obtener seguridad ante Rusia, a la que siguen temiendo, como alcanzar un respaldo para poder acceder a la Unión Europea, aunque la Carta de Cooperación con la Alianza y los previstos acuerdos con Moscú, para que se les reconozcan sus soberanías e integridad territorial, siempre que cesen las discriminaciones contra la minoría rusa, ofrecen motivos de esperanza.

En cuanto a las reformas en la estructura militar, Francia paralizó su retorno a ella ante el veto norteamericano a ceder el mando sur a un europeo, paralización que arrastró, de momento, a España, impidiendo su integración militar. París volvió a replegarse, bajo impulsos nacionalistas e inmovilistas, al conocido concepto estratégico gaullista, esto es, al que se basa en los tres ejes que menciona la Ley Programa 1997-2000: la disuasión nuclear, fuerzas convencionales y, finalmente, fuerzas de intervención exterior, cada vez más reducidas en efectivos y misiones, como se ha podido comprobar en las recientes crisis en el África subsahariana.

En la reunión de Bruselas de principios de Diciembre, el Ministro español de Defensa, Sr. Serra, anunció que cumplíamos todos los requisitos para la plena integración en la Alianza, quedando, por otra parte, desbloqueada la entrada en la organización militar que, desde Julio, Londres condicionaba a un problema bilateral, como era el de Gibraltar, al levantar el Reino Unido su doble veto y renunciar al cuarto mando del Peñón, éxito de la gestión personal del Presidente del Gobierno español con el Premier británico en la Cumbre de Luxemburgo, logrando España obtener un mando subregional.

En la actualidad, la visión simplista que dominó durante décadas a la Alianza —que solamente Europa Central tenía prioridad estratégica, lo que condujo a disminuir el papel de región mediterránea— ha ido desapareciendo, aunque la percepción de las amenazas en esa amplia zona no es

uniforme por los países miembros. El problema más inmediato puede ser el carácter emergente de las nuevas repúblicas islámicas de Asia Central y las aparecidas en el Cáucaso, que pueden poner a prueba la importancia de la OTAN, alianza que no fue construida para hacer frente a amenazas no soviéticas.

Por otro lado, la estructura de mando aliado en el sur de Europa une a los mandos nacionales con un comandante americano que, estimamos, sin su protagonismo la integración de fuerzas sería muy difícil; recordar las relaciones turco-griegas, zona en la que, por su movilidad estratégica, las fuerzas navales son los activos más ventajosos.

Para España, durante los años setenta y comienzos de los ochenta, la OTAN se convirtió en el centro de discusión de nuestras políticas exterior y de defensa, ofreciéndose, por una lado y otro, argumentos a favor y en contra. Sin duda, esas divergencias respondían a que durante décadas no se formuló una clara doctrina militar, años que algunos han llamado de «confusión intelectual», como lo prueba que la Armada redactase su propio Plan Estratégico, contenido en PLANGENAR, sin intervenir otros ejércitos, basándose en una directiva muy generalista, aunque se era consciente de que en un enfrentamiento Este-Oeste no podríamos mantenernos al margen.

A comienzos de los ochenta se sintió que nuestro ingreso en la OTAN era un acto de coherencia con nuestra plena pertenencia al mundo occidental, con el que desde 1953 nos habíamos comprometido a través de los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, instrumento arbitrado por estos para involucrarnos en la defensa de Europa; con nuestro ingreso en 1982 aportamos a la Alianza dos prestaciones estratégicas que no realizábamos porque no redundaban, hasta entonces, en intereses propios ni se inscribían en los acuerdos con Norteamérica: dar profundidad al frente occidental, revalorizando las posibilidades estratégicas de Portugal, e impactar política y psicológicamente en el resto de la Alianza, puesto que esos países consideraban que, sin España, el sistema presentaba más debilidades para los aliados europeos que para el sistema atlántico.

En nuestros días, podemos afirmar que con la integración se acertó plenamente y que por medio de nuestra pertenencia a la Unión Europea y Organización Atlántica se ha reforzado nuestra capacidad de acción-reacción en las áreas prioritarias para nuestros intereses que, por otra parte, son respetados.

En esa integración, nuestras fuerzas armadas pasean nuestra bandera por todo el mundo, no habiendo regateado esfuerzos, sacrificios o ilusiones para participar en múltiples misiones de paz y de cumplimiento de las resoluciones de la ONU y UEO, en lugares tan diversos como, Namibia, Angola, Haití, Nicaragua, El Salvador, Kurdistan, Yugoslavia, Albania, etc., pues existe un total consenso, del gobierno y la opinión pública, sobre la conveniencia de participación solidariamente en dichas misiones, en estrecha coordinación con nuestros aliados.

Finalmente diremos que, como aseguró nuestro Ministro de Asuntos Exteriores en Luxemburgo en el mes de Octubre, las negociaciones sobre el futuro de Gibraltar, en el marco de la Declaración de Bruselas de 1984, responden a un proceso distinto del de las negociaciones relacionadas con el control del Estrecho en la nueva estructura militar de la Alianza Atlántica.

La permanente crisis en los Balcanes

Los problemas en la antigua Yugoslavia continúan siendo, en 1997, un quebradero de cabeza para Occidente por la conjunción de varios factores que aumentan la complejidad en la región. Es difícil hacer pronósticos, puesto que las heridas de la guerra permanecen abiertas y los odios reprimidos tardarán mucho en desaparecer, temiéndose, no solo que Bosnia-Herzegovina no sea una democracia consolidada el 30 de Junio de 1998, si respondiendo a los acuerdos de Dayton se retiran las fuerzas de la SFOR, sino que pueda reanudarse la guerra civil, porque no se debe perder de vista que el objetivo serbio, tanto de Belgrado como de Pale y Banja Luka, no es tanto lograr una relativa paz como reconstituir, en lo posible, la antigua Gran Serbia; retirada que, como anunció el Secretario General de la OTAN, Sr. Solana, es mejor no fijarle fecha, reflexión que reiteró Clinton en su visita a Bosnia a comienzos de Diciembre.

Sin duda, Occidente y los Balcanes pagan las culpas de los hombres de Versalles que, en 1919, crearon un país artificial después de haber prometido a esos pueblos una autodeterminación que nunca llegó, cumpliéndose, por el contrario, el sueño de la Gran Serbia en detrimento del tradicional reino de Montenegro y a costa de la desmembración del Imperio Austro-Húngaro, que era lo que verdaderamente se buscaba. Al mismo tiempo aparecían nuevos y absurdos territorios, como Kosovo, que debía haberse integrado en Albania o la llamada Voivodina., mosaico de étnias,

lenguas y religiones que sólo tenía en común haber sufrido durante siglos el yugo turco.

Asimismo, se ignoró que Croacia y Eslovenia, como parte integrante de la monarquía Habsburgo, pertenecían al mundo centroeuropeo, mientras que Bosnia era desde hacía siglos un feudo otomano en el que convivían dos pueblos que se aborrecían, el bosnio musulmán y el serbio ortodoxo, por lo que todo intento de integración estaba condenado de antemano al fracaso.

Si ese conglomerado de países y regiones pudo mantenerse unido durante setenta años se debió al autoritarismo del Rey Alejandro I y luego de Tito, a quien se debe reconocer que atisbó el futuro y trató de salvar esa Yugoslavia artificial, otorgando una constitución totalmente descentralizadora. Por ello, llama la atención la falta de visión política del proyecto que presentó, no hace mucho, el ex-primer ministro francés Balladur, de obligar a los antiguos estados yugoslavos a llegar a un acuerdo como paso previo para su integración en la Unión Europea.

Lo que sí puede afirmarse, en 1997, es que la situación continua siendo muy compleja. Por un lado aparece Serbia como núcleo o heredera del espíritu de la antigua Yugoslavia y donde se mantienen los sueños de la Gran Serbia, mientras que la república serbio-bosnia, avalada por Belgrado, ve lejos esa posibilidad, después de haberse visto forzada a entregar a Croacia primero la Krajina y, en este año, la Eslavonia Oriental.

Por su lado, Croacia comparte una extraña alianza con los musulmanes en una porción de la fragmentada Bosnia-Herzegovina y, con la ocupación de la Krajina y Eslovenia, ha logrado reconstituir las fronteras, asimismo artificiales, que obtuvo durante la 2ª Guerra Mundial, al convertirla el III Reich en reino. Pero su objetivo, y al mismo tiempo su drama, es que, por considerarse centroeuropea, pretende escapar, como parece lo ha logrado Eslovenia, a su destino balcánico, llamando a las puertas de la Comunidad Europea.

En cuanto a la propia Bosnia-Herzegovina, constituida por la federación bosnio-croata, que controla el 49% del territorio, y la llamada república serbio-bosnia, que ocupa el 51% restante, constituyen un estado híbrido en el que, a pesar de los acuerdos de Dayton de 1995, se ve dividido y en el que, como se comprueba diariamente, intereses croatas y serbios provocan una radicalización musulmana que podría aniquilar las esperanzas de una reconciliación pues, si Sarajevo da una imagen de tolerancia, la

república de Pale o Banja Luka, dividida en estos momentos en dos facciones, continúa encerrada sobre sí misma, imperando todavía la mentalidad que condujo a la limpieza étnica.

En ese mosaico balcánico, Eslovenia, que gracias a su situación geográfica pudo constituirse en nación soberana sin apenas lucha, se mantiene al margen del conflicto bosnio y confía en encontrar un puesto en la OTAN y Unión Europea.

Otro país surgido de dicha desintegración es Macedonia, cuya independencia abrazó en 1991 mediante referéndum, según se dice, porque «cogió desprevenido» a Belgrado; nación igualmente artificial y demasiado frágil, que trata de resucitar un reino de la época de Filipo y Alejandro el Magno, lo que colabora, aún más, a la actual fragmentación de la zona; país que, durante cuatro años, mantuvo un agrio contencioso con Atenas sobre la bandera, que motivó el bloqueo a la salida de su comercio por los puertos griegos del Pireo.

Aunque aparece poco en los medios de comunicación, en ese entramado puede situarse el tradicional Montenegro, actualmente integrado en Serbia pero con aspiraciones separatistas, puestas de manifiesto en Octubre en las elecciones presidenciales en dicha región. Su independencia sería un golpe mortal para Belgrado pues, acudiendo a la llamada «teoría del dominó», podría perder igualmente la región de Kosovo y también la salida al mar, posibilidad que, como anunció el presidente serbio hace meses, solamente lograría alcanzarse mediante una nueva guerra civil. Más difícil lo tendría Kosovo, porque todo anuncia que en ningún supuesto recibiría apoyo de Occidente ó Rusia y tampoco del mundo musulmán.

Pero en 1997 las miradas continuaron puestas en la Federación Bosnia, en la que la postguerra se caracteriza por una total ausencia de fe en el porvenir y por los deseos de los serbio-bosnios de integrarse en la antigua Yugoslavia. De ahí que la presidencia colegial, gobierno y asamblea, avallada por Occidente en las elecciones de 1996, no signifique gran cosa, puesto que las ambiciones nacionalistas de serbios y croatas no se ocultan y el mismo presidente bosnio, aunque pretende impulsar un estado multiétnico, en el fondo tampoco cree en su viabilidad.

Pero lo peor podría llegar si la SFOR abandona el país, por muy pronto en uno o dos años, y si los Estados Unidos no solo dejaran de interesarse por el problema, pues realmente será difícil sostener años y años una fuerza de estabilización, sino que aceptaran su reparto entre Zagreb y Belgrado

como único medio de evitar continuos conflictos y agresiones. Aunque de momento es difícil aceptar ese futuro, podría llegar pero, en tal caso, se asistiría a nuevas limpiezas étnicas sobre un solo componente humano, el musulmán, que ofrecería una encarnizada resistencia con resultados imprevisibles. Quizá la verdadera solución, como apuntó el Secretario General de la OTAN, sería establecer un nuevo acuerdo, el Dayton II, pues todo da a entender que el actual nadie parece dispuesto a cumplirlo, como se observa en el hasta hoy imposible castigo a los criminales de guerra.

No obstante, el inesperado conflicto surgido en Julio entre los propios serbio bosnios, que alcanzó a las fuerzas internacionales allí desplegadas, señaló la fragilidad de la república serbio-bosnia que, paradójicamente, participa en la dirección colegiada de la federación.

Por incluirse en el área balcánica señalaremos someramente que en Enero comenzó a deteriorarse la situación en Albania, como consecuencia del amañamiento de las elecciones en 1996 y por la quiebra de fantasmales sociedades de ahorro, avaladas por el Estado, que condujeron a la ruina a centenares de miles de personas, clima que llegó a ser caótico, impulsando el éxodo masivo de albaneses hacia Italia, país que solicitó una intervención internacional en la que participaron fuerzas españolas.

El drama de Albania es que, aunque el tratado de amistad con Grecia de 1996 debía haber contribuido a mejorar sus relaciones con Europa, el embargo económico a que se ha sometido a Serbia privó a Tirana de unos ingresos por tránsito de mercancías serbias hacia los mercados mundiales, factor que, a su vez, condujo al Banco Mundial a suprimir sus ayudas para desarrollar unas deterioradas infraestructuras.

Como ya mencionamos, las Fuerzas Armadas españolas participan desde el verano de 1992 en múltiples misiones de mantenimiento de la paz, que incluyen: transporte de ayuda humanitaria; asistencia médica; reconstrucción de la infraestructura, como ha sido el tendido de un puente en Mostar que permite unir la zona croata con la musulmana, sustituyendo al mundialmente conocido puente romano que cayó por el fuego artillero croata; control de los arsenales donde se concentraron armas de los contendientes; vigilancia del embargo por la mar y del espacio aéreo por los cielos, decretado por el Consejo de Seguridad de la ONU; hasta, llegado el caso, participar en acciones de castigo ante agresiones a la fuerza internacional o para hacer cumplir por la fuerza los mandatos del acuerdo de Dayton.

Esas misiones prosiguieron a lo largo de 1997, integradas nuestras fuerzas en la SFOR, habiéndose añadido a ellas las desembarcadas en Albania para restablecer la normalidad y garantizar unas elecciones, regresando después de cumplir ambas finalidades; operaciones y esfuerzos llevados a cabo por nuestros gobiernos con pleno consenso de todas las fuerzas políticas y de la opinión pública y que contempla la Directiva de Defensa Nacional, tanto de 1992 como la más reciente de 1996.

Problemas y contenciosos en los países ribereños del mar Egeo

Durante 1997, la gran novedad en la zona fue la caída en Junio del primer gobierno integrista que ha tenido Turquía, después de haber ganado limpiamente las elecciones de Diciembre de 1996, en las que también se hizo con las alcaldías de las mayores capitales.

En ese éxito influyó más la realidad social del país, claramente dividido en un mundo rural y una nueva clase media urbana, que los criterios religiosos, razón de que, tras las elecciones, los integristas se dirigieran a captar a esa clase emergente, así como al mundo femenino.

Conscientes de su delicada posición, aceptaron los compromisos internacionales y el concepto del Estado instaurado por Kemal Ataturk, no ocultando su rechazo a la excesiva europeización y cultura laica, impuesta hace casi un siglo y que ha impregnado a la mayor parte de la sociedad, ofreciendo por ello, ese integrismo, una orientación y configuración única en el mundo musulmán. Por consiguiente, no trataron de aplicar en Turquía el modelo de gobierno árabe, pues las largas décadas de estrecho contacto con Occidente han permitido tanto la existencia de una pluralidad política como de libertad de expresión, aunque empañados en numerosas ocasiones por la vulneración de los derechos humanos, factores que hicieron sorprendente esa penetración islámica.

Pero lo fundamental fue que dicho régimen tuvo enfrente al ejército desde el primer momento, institución de gran peso en la política turca, empeñado en preservar el legado del fundador de la moderna república y decidido a acabar con ese tipo de gobierno que, ingenuamente, daba muestras de su orientación con la reforma educativa, al favorecer el auge de las escuelas coránicas, vivero de futuros radicales, despertando esa política —en una sociedad civil-laica muy influida ya por la cultura occidental y, por tanto, considerándose totalmente europea— recelos y temores.

Se piensa que, de no haber muerto prematuramente en 1933 Turgut Ozal, político muy respetado y liberal y buen conocedor de la realidad turca, sus necesidades y problemas, que además creía en el pluralismo, igualdad social y derechos del hombre, ese integrismo jamás se habría hecho con el poder.

Pero existen sectores que culpan a Ozal y al ejército de ese encumbramiento islámico. Al primero porque, además de favorecer el desarrollo económico y un cierto aperturismo, hizo de la religión un valor nacional y de identidad del pueblo turco, potenciando las escuelas coránicas y el nacimiento de círculos integristas más o menos disfrazados, que aprovecharon la legislación vigente para establecer una red de medios de comunicación, sin adivinarse su fin político y económico.

En cuanto al ejército, obsesionado por combatir a la izquierda, no dudó en sostener y animar ciertos movimientos religiosos sin profundizar en sus objetivos, años que estos aprovecharon para propagar sus ideas y afirmarse. De ahí que el gobierno integrista tratase de acomodarse a esa institución armada, esperando que se mantuviera dentro de los límites constitucionales, pero cometiendo el error de que, por ser un fiel aliado de los Estados Unidos y miembro de la OTAN, no se le podía provocar con medidas como suspender unas maniobras con Israel, o establecer unas más estrechas relaciones con Irán.

En ello radica que desde Febrero de este año se asistiese a un pulso entre las fuerzas armadas y quienes abogaban por la modernidad con el gobierno y sectores más tradicionales y partidarios del islamismo moderado. Ese pulso se manifestó abiertamente a finales de Abril, cuando el Estado Mayor anunció un cambio fundamental en los conceptos de la Defensa Nacional, al dar prioridad a combatir dos amenazas, la Kurda y la fundamentalista, cambio que se llevó a cabo sin consultar a la OTAN.

En virtud de esa directiva, las fuerzas armadas no cesaron de advertir al gobierno los límites en que debía desenvolverse su acción, para animar, finalmente, una operación política que en Junio hizo caer al gobierno, anunciándose, de paso, unas nuevas elecciones a finales de 1997 o principios de 1998, que muchos sondeos predicen volverán a ganar los integristas.

En otra vertiente, Turquía mantiene un largo contencioso con Grecia que, en el fondo, responde a las reservas petrolíferas que encierra el Egeo, mar sobre el que Atenas ejerce una soberanía absoluta, privando a Ankara de

mar territorial y plataforma marítima. Únase a ello la militarización de ciertas islas griegas muy próximas a las costas de Anatolia, lo que prohíben los Tratados de Lausanne de 1923 y de Paría de 1947, así como la exclusividad del espacio aéreo sobre dicho mar, que Atenas dice ejercer dentro del marco de la OTAN, lo que irrita más que inquieta a Turquía, por no recordar el caso chipriota.

Esas rivalidades han cobrado más fuerza este año, cuando Ankara pretendió que la OTAN limitara a dos los mandos subregionales en detrimento de Grecia, habiéndose impuesto finalmente la tesis griega de disponer cada país de sus propios mandos.

El problema chipriota subió de tensión en Agosto, al firmar Turquía con la ficticia república turco-chipriota un acuerdo de integración total, precisamente en el momento en que se reunían en Suiza los líderes de las dos comunidades enfrentadas, la griega y la turca, bajo los auspicios de la ONU, que trata de convertir la isla en una Federación de dos estados con idénticos poderes, fórmula que aprueba Atenas pero no admite Ankara. Pero ese proceso, que las Naciones Unidas sugieren comience después de las elecciones generales previstas en febrero del próximo año, se ha cortado al romper los turcos chipriotas el consenso que existe mientras la Unión Europea no rechace la demanda de adhesión del Chipre griego.

Un problema que continúa preocupando a Occidente en 1997 se relaciona con el destino de 30 millones de kurdos, la mayor parte asentados en Turquía e Irak y con minorías en Siria e Irán, países que aunque se sirven de ese pueblo sin estado, para debilitar al vecino, no desean ver emerger una nación kurda por temor a que controle las grandes reservas de petróleo y agua de la zona sobre la que se asienta desde hace siglos.

Esa compleja situación se inició en 1920, cobrando gran vigor cuando los vencedores de la 2ª Guerra Mundial crearon los estados sirio e iraquí, pero negándose a dicho pueblo, ignorando su particularismo lingüístico y cultural.

Dicho conflicto, que a lo largo de 1997 se ha visto incrementado en represión y violencia, alimenta el crecimiento del islamismo, exagera los nacionalismos y supone una sangría económica y militar para Turquía, con peligro de poder transformarse en un conflicto regional, aunque Ankara espera que el gran proyecto del aprovechamiento de las aguas del Eúfrates y Tigris contribuya a eliminar las causas profundas de la rebelión kurda mediante el desarrollo del sudeste de Anatolia.

En lo que concierne a Grecia, país que ocupa en los Balcanes una posición estratégica privilegiada, su gobierno estima que por ser el estado potencialmente más desarrollado económica y socialmente, gracias a su integración en Europa, debe jugar un especial papel en el área, convencido de que sin Grecia será imposible alcanzar la estabilidad en la región ni ningún tipo de cooperación en la zona. De ahí que no haya renunciado todavía a su proyecto de establecer un «eje ortodoxo», en el que se incluiría Rusia, destinado a compensar el «eje musulmán» que se extiende de Sarajevo a Samarkanda y al que, según Atenas, Turquía pretendería de algún modo controlar.

De momento, Grecia no se ha involucrado en el conflicto balcánico, aunque considera a Serbia su amiga y aliada, y sin haber podido hacer abstracción de que Bosnia, por ser fundamentalmente musulmana, mantiene estrechos lazos con su eterno rival turco. Esa rivalidad también supone que Atenas se haya convertido, desde hace muchos años, en el principal obstáculo para la integración de Ankara en la Unión Europea, veto que solo levantará el día en que Turquía renuncie en caso dado al uso de la fuerza y acepte la actual situación establecida en el mar Egeo.

Pero como la seguridad de ambos países reside en su pertenencia a la OTAN y en la especial protección de los Estados Unidos, no cabe duda de que, antes o después, se verán llamados a entenderse y resolver sus problemas.

El mundo de la antigua Unión Soviética

En 1997, Rusia ha continuado sin lograr superar su profunda crisis en todas sus esferas, de la política a la militar, pues aunque en Agosto sus datos económicos señalaban una leve mejoría, con un escaso crecimiento del PIB y una inflación algo menor, esos datos contrastan con la realidad, un país con gravísimas desigualdades sociales, en el que miles de empresas e instituciones financieras son controladas por las mafias, lo que implica que el 45% del PIB y cerca de 60 millones de personas se vean ligadas, directa o indirectamente, con los grupos criminales, cuyos tentáculos traspasan ya las fronteras nacionales; situación que, sin duda, obstaculiza el deseo ruso de adherirse a la Unión Europea, sin que Bruselas se comprometa a fijar un calendario.

En política exterior, la flamante CEI o Comunidad de Estados Independientes, creada hace tiempo y considerada como un clamoroso éxito en

Moscú, se ha visto, en Octubre, puesta en entredicho, al afirmar el propio Yeltsin en Moldavia que «si no ha muerto se encuentra en una situación moribunda», acusando los líderes del resto de las naciones en ella integradas que es incapaz de poner en práctica uno solo de sus proyectos y de modernizar sus estructuras.

Tras alcanzar una frágil paz en Chechenia y abrirse el oleoducto que la atraviesa para dar salida al petróleo que desde Baku (Azerbaiyan) transitará hasta el puerto ruso de NOVOROSSIK, en el Mar Negro, los focos conflictivos han ido desapareciendo y, por ello, en 1997 el enfrentamiento entre Georgia y la secesionista región Osetia Sur se encuentra en vías de solución; el contencioso con Ucrania por el reparto de la flota del mar Negro, y sobre el control de Sebastopol, ha llegado a un final pactado; sus relaciones con Bielorrusia han sufrido algunos altibajos, pero sin afectar a sus mutuos intereses económicos; las diferencias con Kazajistan sobre el condominio de las aguas del Caspio han cedido, mientras las conversaciones entre Armenia y Arzerbaiyan, por el enclave de Nagorno Karabab, se encuentran estancadas sin haberse reanudado las hostilidades. Finalmente, en el área de la CEI, Moscú no ha cesado de reforzar sus acuerdos de cooperación, tratando sin éxito de coordinar las respectivas políticas exteriores y establecer una Unión aduanera.

En todos los casos, el Kremlin no ha cesado de considerar a esos países como incluidos en una zona de su exclusiva influencia, panorama de momento muy tranquilizador y que no es previsible evolucione mucho en el próximo año. De todas formas, como anteriormente señalamos, esas previsiones podrían cambiar en función de la paulatina influencia en la zona de los Estados Unidos a través de sus multinacionales, o si las desconfianzas y recelos que ya existen entre las repúblicas del Asia Central derivasen a conflictos de algún tipo, o si alguna pretendiese, como podría ser el caso de Uzbekistán, querer erigirse como gran potencia regional.

En la misma vertiente, Rusia mantiene con Irán lazos preocupantes con sus acuerdos en el campo de los hidrocarburos y en el firmado, este mismo año, para reforzar el poder misilístico iraní, lo que no ha sentado bien en Washington y ha enturbiado sus relaciones con Israel.

En Noviembre, Yelstin logró en su visita a Pekin cerrar dos viejos problemas: la renuncia China a los territorios que Moscú le arrebató en el Siglo XIX en Siberia y, al mismo tiempo, incrementar unas relaciones políticas y económicas muy deterioradas, deterioro que alcanza al Japón a causa del contencioso de las islas Kuriles; mientras, Moscú ha perdido ya toda

influencia en áreas tradicionales como fueron las del Vietnam, Camboya, Argelia, Líbano, Siria o Afganistán, donde lo ruso es ya solamente un recuerdo que desapareció con el final de la Guerra Fría.

Por el contrario, se interesa en mantener unas relaciones fluidas con Occidente, especialmente con Washington, pues los Estados Unidos consideran una necesidad sostener al actual gobierno en el poder para evitar el regreso de los candidatos comunistas radicales.

Pero el acontecimiento más importante para Moscú en 1997, después de haber sido admitida en el Consejo de Europa un año antes, se relaciona con la ampliación de la OTAN, que aceptó a disgusto, dejando muy clara su oposición a la posible integración de las tres repúblicas bálticas o de cualquier estado surgido de la desintegración de la URSS, repúblicas aquéllas a las que Rusia ha ofrecido a finales de Octubre un Pacto de Seguridad Regional que disipe sus temores hacia su gran vecino, así como sus deseos de integración en la Alianza Atlántica, ofrecimiento condenado al fracaso.

Realmente, Rusia apuesta por un modelo de seguridad europeo que extinga sus propios temores respecto a la OTAN, que la asegure que nadie tratará de influir o intervenir en su área natural de influencia y que se vea avalado por la OTAN. Quizá teniendo presente dichas ideas, en la cumbre del Consejo de Europa celebrada en este mismo año Moscú lanzó la proposición de crear una especie de eje franco-germano-ruso, similar al franco-alemán en la UE, donde discutir al más alto nivel problemas de seguridad y unidad europea, sugerencia que el presidente Chirac calificó de instrumento para eliminar las divisiones en el Continente y superar la herencia de Yalta.

Claro es que, con la firma en Mayo del Acta Fundacional entre la OTAN y Rusia, esta parece de momento satisfecha, siendo el futuro el que nos revelará el resultado de esas nuevas relaciones.

Pero sobre ese panorama planea siempre la sombra del estamento militar y sus imprevisibles reacciones, pues, además de sentirse abandonado, teme, como ha expuesto el presidente del Comité de Defensa de la Duma y héroe de Chechenia en carta a Yeltsin de Junio, que tras la desintegración de la URSS vendrá la de Rusia, con la pérdida de las regiones del Extremo Oriente y Siberia, exposición que recalcó días más tarde al afirmar el peligro que entrañaba el malestar que se detectaba en las fuerzas armadas.

Sin duda, como reacción a esos mensajes, a finales de Julio el presidente Yeltsin anunciaba su intención de reformar las dimensiones de los ejérci-

tos con la disminución de un millón de hombres, fusión de armas y servicios, etc., decisión que reflejó en esta frase: «iniciamos una reforma militar de cuyo resultado dependerá, en gran medida, cómo será Rusia en el próximo siglo»; al mismo tiempo, aseguraba iniciar una política de apoyo a sectores en quiebra, en especial al complejo militar-industrial. Pero con las arcas medio vacías y una economía en pleno desorden se hará difícil, a medio plazo, llevar a cabo tales reformas.

En cualquier caso, la OTAN estima que habrá de esperar a que se jubile la actual cúpula militar y una nueva generación de oficiales prefiera mejorar la seguridad de Rusia a través de la Asociación Euroatlántica por la Paz y de lo que establece el Acta Fundacional.

En la vertiente interior, en 1997 Rusia continúa sufriendo las mismas lacras y deficiencias que en años anteriores: a cambio de evitar una desestabilización política, el sistema se ha transformado en una gran oligarquía al servicio de grandes sociedades financieras e industriales; se ha consolidado una burocracia cada vez más alejada del pueblo y muy corrupta, que incluso ha alcanzado este año al propio ministro de justicia, lo que conduce a las nuevas generaciones a expresar su desaprobación al poder mediante una total indiferencia hacia las clases políticas; ha aumentado la separación entre las capas sociales del país, incrementándose la pobreza, criminalidad y marginación, pero emergiendo una nueva clase muy opulenta que trata de controlar los resortes del poder político y económico; en tres años se han producido más de ochenta casos de dimisiones, ceses y separaciones de altos cargos del país; por vinculaciones políticas y económicas, el gobierno se ha ido haciendo poco a poco con los medios audiovisuales, al tiempo que presiona a la prensa escrita; la caótica situación y falta de medios ha propiciado un constante éxodo de personal científico y cualificado hacia Occidente; penurias económicas y pérdida de prestigio en el campo espacial, tras empeñarse Moscú en considerarse gran potencia en dicha vertiente, habiéndose debido acudir al alquiler de naves y astronautas a la NASA; gran añoranza del pasado en amplios sectores de la población que, de ganar amplitud, podrían dar una sorpresa en próximas elecciones; un presidente que apacigua la desconfianza que existe en ciertos medios ante la ampliación de la OTAN, pero que es criticado por entregar parcelas de poder a familiares y amigos y multiplicar en campañas electorales promesas difíciles de llevar a cabo; etc. etc.

En 1997, sus relaciones con Chechenia ocupaban un lugar preferente y aunque finalizó la guerra de independencia, Rusia no reconocerá su sobe-

ranía hasta el año 2001; relaciones que han oscilado entre la amenaza y las negociaciones que provocan las reservas de hidrocarburos del Mar Caspio y países vecinos, que podría hacer de la zona, junto con la que se extiende entre Benin y Angola, otro «golfo pérsico» del siglo XXI. De ahí que el control, explotación y rutas de exportación se hayan convertido para Rusia y Occidente en vitales, como lo han dado a entender claramente los Estados Unidos con la actividad de su diplomacia, empresas y acuerdos con las repúblicas asiáticas de Uzbekistán, Turkmenistan y la caucásica Armenia.

La desgracia de Chechenia, que no posee hidrocarburos, es encontrarse ubicada en el centro de una región que desean controlar tanto Rusia como Occidente, este por medio de sus multinacionales petroleras, pudiendo asistir a largo plazo a crisis semejantes a las que tuvieron lugar en el siglo XIX entre Rusia e Inglaterra por el dominio de Asia Meridional.

De momento, Rusia no producirá quebraderos de cabeza al mundo occidental, pues debe consagrarse a poner en orden su casa, lo que la introducirá en el próximo siglo sin causar alteraciones, siempre que se sea consciente de no herir sus susceptibilidades y no inmiscuirse en sus propios problemas.

Realmente, con ese mundo eslavo, del que por múltiples razones nos mantuvimos durante siglos muy alejados, desde hace dos décadas mantenemos unas buenas y discretas relaciones que, en estos últimos años, se han incrementado con la paulatina presencia de empresas españolas que propagan nuestro nombre en tan inmenso espacio.

Sin embargo, consciente el gobierno español de su progresivo peso en Europa, ha comprendido que no podía quedar ajeno a las perspectivas de todo tipo que ofrece ese mundo y, de ahí, la visita del presidente del gobierno en Octubre a Alma Ata, capital del rico estado petrolero de Kazajistán, con el fin de firmar acuerdos de cooperación y extender nuestra acción diplomática a unas repúblicas asiáticas de la antigua URSS en las que ya se han introducido los Estados Unidos, China, Corea del Sur, Italia, Francia y Alemania.

El Oriente Medio, encrucijada de graves convulsiones

Uno de los escenarios mundiales de más actividad y actualidad en 1997 fue el de Oriente Medio, cuna de tres religiones monoteístas y punto focal

del Islam como lazo de unión y comunicación entre mil millones de musulmanes que habitan en Asia, África y sur de Europa, zona que no ha cesado de crecer en importancia estratégica y económica desde que finalizó la 2ª Guerra Mundial.

Hoy como ayer, el Islam se presenta como un hecho cultural y social, por lo que debe ser considerado no solo como religión sino como señal de identidad, cualquiera que sea la rama religiosa, sunni, chiita, ismaelita, alai o drusa, pues a pesar de sus enfrentamientos el Islam une, existiendo minorías cristianas árabes, como la maronita o copta, que en las crisis responden también a aquella señal, en su caso étnica, constituyendo la tierra, al igual que sucede con los judíos, parte integrante de la mencionada identidad.

Pero en todo estudio geopolítico del Oriente Medio debe hacerse abstracción de Asia Menor, ocupada por Turquía, país más en contacto con los problemas de Europa a pesar de sus vínculos religiosos, culturales y hasta sociales con los países del área que, a cambio, se ven sometidos a las influencias y reacciones propias de esa región, en la que las convulsiones del siglo XX han creado minorías sin estado, como acaece con los kurdos, con la diáspora Armenia en Siria y Líbano y que alcanzó a los palestinos.

El nacionalismo palestino se expresó y planteó en 1947, no solo como un problema de refugiados sino también, ante la falta de una estructura estatal, rechazando el nacimiento de Israel por considerarlo creación europea; esta situación cambió en 1996 con la fundación de un estado propio, realmente hoy una autonomía, estado que, en 1997, no solo no se ha afirmado sino que corre el peligro de abrir en la zona una crisis profunda e insalvable. Recordemos que en Diciembre, al cumplirse 50 años del ex-mandato Británico en Palestina, origen de sucesivos conflictos, Arafat solicitó que se considerase a Palestina como un miembro de la ONU sin voto, dejando de ser observador cualificado, tal como se concedió en 1974 a la OLP. Tal petición se produjo días después de que Netanyahu amenazara con anexionarse los territorios autónomos si Arafat proclamaba el Estado Palestino.

Como sucedió en los Balcanes, la geopolítica diseñada en 1920 en el Tratado de Sévres respondía, más que a reconstituir el orden regional tradicional instituido por Estambul hacía siglos, a establecer una especie de condominio franco-británico, situación que desapareció en 1945 con la descolonización, viéndose sustituida paulatinamente esa presencia europea por la de Norteamérica, que ha logrado convertir esa parte del globo

en una zona exclusiva de influencia vital para su estrategia planetaria. Al mismo tiempo, surgían nuevos estados árabes como respuesta a las promesas hechas por los aliados durante la 2ª Guerra Mundial, sin prever sus consecuencias.

Dentro de esos errores aparecen los de Inglaterra, al favorecer la instalación de un Hogar Judío en Palestina, causa profunda de las crisis y guerras que se han sucedido desde 1947, pues era imposible la coexistencia de dos comunidades antagónicas que reclaman, como propia, la misma tierra.

Pero el drama actual es que no se han podido conciliar las aspiraciones divergentes que laten en la cuestión palestina sobre la seguridad de Israel y sobre el estatuto de Jerusalén, pues las grandes potencias se han visto forzadas a equilibrar los derechos y aspiraciones del aliado israelí con los de los aliados árabes, especialmente los de Egipto y Arabia Saudí, países privilegiados en la estrategia norteamericana.

Encontrar una solución que satisfaga a todos es muy difícil al argumentar Tel Aviv que basta con abrir una Biblia, no solo para conocer a quien pertenece Jerusalén, arrebatado por David hace 3.000 años a los cananeos y por ello patrimonio hebreo, sino porque Israel debe extenderse desde el Nilo al Eúfrates y a Turquía por el norte; un sueño que ciertos medios religiosos confían en alcanzar, después de haber esperado veinte siglos para que naciera el actual estado hebreo, tesis que, de mantenerse, significaría la derrota de los israelitas pacifistas y el fin de la cohabitación de tres religiones.

Con respecto al actual proceso de paz, se recibieron con un cierto optimismo las primeras elecciones palestinas de Enero de 1996, acompañadas de la evacuación por el ejército israelí de algunas zonas y ciudades de Gaza y Cisjordania, respondiendo a lo establecido en los acuerdos de Oslo; el fracaso laboralista en la consulta electoral de Mayo de aquel mismo año condujo a la formación de un gobierno muy nacionalista, que anunció que trataría de conciliar la línea dura con la de apaciguamiento.

Desde las últimas elecciones no han cesado de deteriorarse las relaciones; han sido numerosos los acontecimientos que unas veces parecen demostrar se están imponiendo las tesis de los medios radicales judíos y otras la fragilidad de los acuerdos y negociaciones, en las que Israel juega con ventaja ofreciendo, en función del momento, unas medidas u otras; como se ha visto en 1997, un día cierra los territorios de Gaza y Cisjordania.

nia y otro no duda en permitir a Arafat que emita documentos de identidad palestina, que algunos observadores interpretan como un paso hacia la independencia política.

Pero en conjunto, los aspectos negativos predominan, tal como lo enseñan en este mismo año los siguientes sucesos: disturbios ante la apertura de un túnel en Jerusalén que pasa por debajo de la mezquita Al Aqsa, paralizándose en Junio las conversaciones con Arafat iniciadas en Enero, en las que debe recordarse el valioso papel que en ellas juega el mediador español de la Unión Europea; la entrada del «halcón» general Sharon en un minigabinete de crisis encargado del proceso de paz; enfrentamientos ante la decisión judía de abrir nuevos asentamientos en Cisjordania y construir viviendas en el barrio palestino de Jerusalén; continuos atentados sangrientos en mercados y autobuses, etc.

Pero lo que parece muy claro es que Israel dispone de unas bazas decisivas en ese proceso, entre otras el peso indiscutible judío en la política interna norteamericana y, por tanto, externa; los 120.000 trabajadores palestinos que viven de sus empleos en Israel, jugando un papel de rehenes; el práctico control por Tel Aviv del territorio palestino, ya que Arafat solamente controla el 2,8 % de los territorios ocupados; la permanente necesidad palestina de créditos exteriores, entre los que figuran las aportaciones de la UE y por ello de España; el interés egipcio en que Arafat pase apuros, para que su ayuda adquiera más valor y su presidente aparezca como adalid de su causa, etc.

Pero el Oriente Medio es algo más que Israel y Palestina, al mostrarse no solo a Kuwait sino al conjunto de la península árabe como una zona vulnerable, lo que movió hace años a los Estados Unidos a desplegar una Fuerza de Intervención Rápida, basada en Diego García, Mombasa y Omán, para garantizar la seguridad y defensa de Arabia y de los otros cinco estados; la paz en la región no solo se resuelve alcanzándose un acuerdo entre Israel, Siria, Líbano y Palestinos, sino que en ese proceso los Estados Unidos tienen mucho que decir. En ello pueden encontrarse sus intentos de establecer unas comunicaciones fluidas con Damasco en este mismo año, pues una posible neutralización pactada con Siria influiría decisivamente en la cuestión palestina, aunque dicha posibilidad la vemos lejana porque iría en detrimento de estos, originando una total confusión en el mundo árabe.

La diplomacia norteamericana no ha cesado de subrayar que la seguridad en el área es una prioridad para los Estados Unidos, lanzando este mismo

año mensajes a unos y otros, pero siempre tratando de no levantar recelos en ninguno, pues si advierte a palestinos que «las excavadoras no son comparables a las bombas», por otro lado indica a Israel que pague su deuda y no cumpla sus proyectos de asentamientos, en el mismo día en que pide al rey Saud que no bloquee la Conferencia Económica del Medio Oriente y norte de Africa, ante la presencia de delegados hebreos, conferencia celebrada en Noviembre.

No se debe ignorar que Arabia Saudí es un poder militar demasiado débil para poder ejercer el liderazgo sobre sus vecinos y, por otras razones, sobre Irak e Irán, causa de la obsesión de Riad por su defensa y estabilidad. Reino enorme pero muy despoblado y fabulosamente rico, utiliza sus recursos financieros para potenciar la lucha contra Israel, dentro de los límites que le permite Washington, cuya protección le es indispensable, así como para consolidar el Islam en el mundo árabe, aunque la fuerte presencia de mano de obra extranjera, si no le supone una amenaza política si puede complicar, a largo plazo, su identidad cultural.

Egipto, por su parte, la nación más antigua, poblada y homogénea del Oriente Medio y centro de la cultura árabe, a pesar de sus escasos recursos es factor esencial del equilibrio en la región, sin que el sentimiento o ideal panárabe, muy fuerte en los medios religiosos del país, puesto que en él nació, sea un obstáculo para alterar su vocación pro-occidental y conciliadora. España mantiene unas excelentes relaciones con Egipto, lo que ha animado a empresas nacionales a invertir en ese país, siendo la última verdaderamente importante la construcción de la mayor refinería de cuantas poseen, en Alejandría.

El Líbano prosigue en 1997 con su vida política paralizada y controlada por Siria, que lo ocupó hace años aduciendo motivos de seguridad, pero sin haber recuperado su zona sur, en manos de Israel.

En Jordania, país estable y claramente pro-occidental, el estancamiento del proceso de paz palestino minaría la estabilidad del reino, pues el movimiento integrista Hermanos Musulmanes gana popularidad en una nación en la que el 60% de sus habitantes es de origen palestino. En Ammán se teme que los acuerdos de Oslo se difuminen, lo que significaría el fin de Arafat y se estima que de la propia dinastía Hachemita, si atendemos a las confidencias que el Monarca hizo al presidente israelí Weitzman en Julio pasado.

Kuwait continúa viendo en Irak e Irán una amenaza potencial, mientras que Irak prosiguió a lo largo de 1997 en su aislamiento, como se demostró al

no ser invitada a la Cumbre de El Cairo en Junio de 1996 y seguir sometida a un duro embargo, levantado en parte en 1997, con enormes restricciones para una exportación limitada de su petróleo, habiendo participado observadores españoles en las inspecciones sobre la evolución y neutralización de sus armamentos. Por otro lado mantiene frías relaciones con Jordania desde que el rey hachemita animó a la oposición iraquí a derribar a su líder Hussein. Pero detrás de Jordania está, asimismo, Norteamérica, pues en su concepción entra establecer una doble barrera de contención contra Bagdad y Teherán, al norte a través de ciertas repúblicas asiáticas y Turquía, y al sur con Jordania, Israel y reinos y emiratos de la península arábiga.

Con respecto a Irak, anteriormente ya mencionamos la crisis que se abrió en Noviembre con los Estados Unidos por la expulsión de sus técnicos al servicio de la ONU, que supervisan el arsenal bélico irakí.

El fundamentalismo islámico, factor desestabilizador en el mundo musulmán

El llamado integrismo o fundamentalismo islámico, patente en Argelia y Afganistán, latente en Túnez, Marruecos, Egipto y Jordania y dominante en Irán, Sudán y, en cierto modo, en Libia, pretende construir un mundo aislado de Occidente y, en especial, de Europa, con un regreso en el tiempo a la Edad Media, en su intento de escapar de la confusión ideológica, social y política en la que se ve sumergido el actual mundo musulmán.

Esa corriente fundamentalista, que más que desarrollar y fortalecer al Estado aspira a impartir una doctrina violenta y radical, interpretando el Corán a gusto de singulares dirigentes religiosos, tiene un caldo de cultivo en una población en general poco ilustrada, sufriendo altas tasas de paro y pobreza, depresión económica e incertidumbre ante su futuro, razón de que, como sucede en Argelia, sea difícil encontrar cauces de diálogo con tales movimientos.

Pero, como se observa en estos momentos, el islamismo se afianza; en un mundo donde se imponen los conceptos de democracia real y liberalismo económico, lo musulmán aparece como una excepción; por un lado, por ser el único conjunto geopolítico sometido a diversas formas de absolutismo, espectro que va desde las monarquías absolutas a las repúblicas

dictatoriales; y, por parte, porque Occidente, en nombre de intereses políticos, estratégicos y especialmente económicos, parece no dar importancia a esa situación, pues el dilema de Occidente es que le es difícil promocionar el concepto democrático donde las libertades se encuentran controladas o donde, como en Arabia Saudí, el Corán y la Shaaria son las únicas leyes. De enfrentarse a esa situación, muchos países occidentales se arriesgarían a enemistarse con regímenes aliados o protegidos de ese mundo islámico, a los que, además, se ven obligados a proteger dado que la oposición a los gobiernos establecidos está ampliamente dominada por ese integrismo antioccidental, a lo iraní.

Pero no se olvide que el avance del integrismo fue alentado por Occidente cuando, en los años cincuenta, para combatir y neutralizar los nacionalismos radicales nasserianos, sostenidos por la URSS y las llamadas oposiciones de izquierdas, se alentaron, bajo la bandera del Islám, movimientos religiosos, singularmente en Egipto, cuna de ese fundamentalismo, como instrumento anticomunista y antinacionalista nasserista, apoyo que prosiguió durante dos décadas.

Solamente la desaparición de Sadat en 1981 a manos de miembros de una cofradía religiosa y especialmente la revolución iraní de 1979 descubrieron la verdadera cara de esos movimientos islámicos, básicamente radicales, violentos, retrógrados y antioccidentales, lo que no impidió que, incomprensiblemente, en los años ochenta se les siguiera alentando, caso de Afganistán, para evitar en este caso, según se dijo, que la URSS pudiera obtener una salida al Índico.

Por parecidas razones, también se dio apoyo al golpe militar argelino que frenó una experiencia democrática anulando las elecciones de 1992, ganadas limpiamente por el partido integrista FIS y que ha conducido al actual caos; por no recordar que, para evitar que elementos pro-iraníes tomaran el poder en Bagdad y se pudieran apagar los focos chiitas en el sur de Irak, se ordenase detener el avance de las fuerzas aliadas, dejando intacto el poder dictatorial de Saddam Hussein.

En 1997, Irán ofreció un cambio fundamental al ganar las elecciones de Mayo un líder moderado frente a los conservadores más ortodoxos, triunfo debido a una sociedad muy joven en la que la mitad de la población no pasa de los 18 años y no conoce los excesos del Sha pero si los 18 años de aislamiento, vida privada controlada, discriminación de la mujer, falta total de libertad individual, etc., en un país que sabe es riquísimo y por ello no acepta que los beneficios de su petróleo no sirvan para mejorar su

bienestar. Pero el nuevo gobierno, pese a sus promesas, será difícil lleve a cabo su misión cuando los integristas dominan el bazar, parlamento, y el Consejo de Guardianes de la Revolución, que tutela a la república, así como el poder económico.

Pero quizá, el sistema democrático de su elección puede ser una simple maniobra subordinada a la ortodoxia religiosa, que cortará toda discrepancia y pluralidad tal como se entiende en Occidente, pues el líder espiritual, aunque no es jefe del gobierno, controla las fuerzas armadas, política exterior y servicios de inteligencia. Por todo ello, se puede predecir que Irán seguirá apoyando los movimientos integristas y que su objetivo real es consolidar su poder para tratar de convertirse en una gran potencia en el área del Golfo Pérsico, en donde sostienen un contencioso con los emiratos por el control de sus islas, tensas relaciones aumentadas, en este mismo año, por la presencia de una fuerza naval norteamericana casi permanentemente en sus aguas.

No obstante, el nuevo gobierno iraní buscará aumentar sus relaciones con Occidente para situarlas en unos términos discretos políticamente, con el fin de superar embargos y ofrecer una buena imagen, al mismo tiempo que aprovecha intereses económicos de ciertos países europeos o estratégicos, caso palpable de Francia con el desembarco de su multinacional petrolera «TOTAL», que podría enfrentar a París con Washington. La Conferencia de países islámicos, celebrada a comienzos de Diciembre en Teherán, finalizó sin grandes compromisos y sin lograr que, a propuesta de Irán, se condenase la «hegemonía estadounidense en el mundo». No obstante, esa reunión le permitió superar el aislamiento internacional impuesto en los tiempos del Presidente Reagan.

Pero toda postura es necesario matizarla puesto que, si en 1996 los Estados Unidos reforzaron sus sanciones y acusaron de fomentar y financiar el integrismo argelino vía Sudán y Libia, en 1997 no se ha opuesto a la construcción de un oleoducto que enlace los yacimientos de Turkmenistán con los puertos turcos para la venta del gas asiático en Europa.

Hemos mencionado más arriba fines estratégicos porque el desembarco de la empresa francesa TOTAL en Irán responde a algo más que a meros intereses económicos, acción respaldada tanto por Chirac como por Jospin, puesto que la finalidad no es otra que volver a jugar Francia un papel en la zona, de la que se vio desplazada tras la independencia de Siria y el fracaso de la operación contra Egipto, en Suez, en 1956.

En Argelia, tampoco París logró que se legitimara la democracia desde que el gobierno militar suspendiera las elecciones en 1992, que iba a ganar el FIS, gobierno que, para lavar la cara frente al exterior, convocó otras que se han celebrado en Octubre y en las que el régimen dice que ganó ampliamente, mientras la oposición denuncia en la calle un fraude.

Esas maniobras irritaron a los integristas, iniciando una ola de violencia y crueldad, especialmente cruenta en 1997, que anima a los sectores duros del gobierno a propugnar, como única solución, la represión militar, situación incierta que, de momento, ni Europa ni Norteamérica se brindan para solucionarla. No obstante, a finales de Octubre, España, Francia e Italia, en nombre de la Unión Europea, se encontraban dispuestas a dialogar con los islamistas moderados que rechazan la violencia, propuesta hecha con mucha cautela, que puede chocar con el rechazo del Gobierno argelino, aunque llama la atención la ausencia de una mediación norteamericana, quizá porque, desde la independencia, Argelia nunca se encontró sometida a ningún tipo de influencia excepto la de la URSS.

En el Sudán, acusado de ser un país integrista, su guerra civil polariza todos los esfuerzos, aunque a través de su suelo transitan armas con destino a los movimientos integristas de Argelia y Egipto, lo mismo que Libia.

En cuanto a Túnez, disfruta de una paz que podría romperse, país que difícilmente se sostendría entre una Argelia fundamentalista y un imprevisible Gadafi, gastado e inseguro después de 25 años en el poder. No obstante, Túnez disfruta de una excelente situación económica y en Noviembre se anunció una serie de medidas para potenciar su democratización.

Pero los dos eslabones más fuertes en ese mundo árabe son Egipto y Marruecos. En Egipto, nación claramente pro-occidental, las elecciones locales de Abril de 1997 han demostrado un cierto apoyo a la política neoliberal de su presidente, quien ha logrado encontrar un equilibrio en sus relaciones políticas, tanto con la izquierda laica, sin peso alguno, como con los sectores conservadores que, aliados al Islam institucional, tratan de defender sus posiciones adquiridas en los años setenta. Esa dualidad no parece incidir en el avance integrista, en la actualidad muy débil y controlado, tratando el gobierno egipcio de consolidarse como potencia regional e influir en el mundo árabe.

En Marruecos, los integristas islámicos se presentaron por primera vez a unas elecciones, celebradas a mediados de noviembre, dando todo a entender que han pactado con el propio rey Hassan II, cuya legitimidad

aceptan, pero sin que se deje participar al otro gran movimiento, cuyo líder permanece desde hace siete años en arresto domiciliario. El problema para Rabat es que la oposición laica no se muestra unida y, además, puede acabar con la posibilidad de constituir una alternativa de gobierno, tal como ha previsto el monarca. Esa desunión puede favorecer o ser aprovechada por los integristas moderados. En cualquier caso, la mayor gravedad sería la desaparición del rey, razón de que este intente llevar a cabo una serie de reformas que pudieran frenar, de algún modo, una futura marea islámica.

El otro grave problema de Marruecos, el futuro del Sahara, parece de momento en vías de solución, con la celebración de un referéndum en 1998, siempre que se llegue a un acuerdo en aspectos puntuales como el número de votantes, verdadero caballo de batalla.

En el otro extremo del mundo musulmán, la rapidez con la que los integristas talibaneses ocuparon el norte de Afganistán, a mediados de 1997, ilustra la imprevisible evolución de los acontecimientos en una guerra que dura ya veinte años pero, también, que si los talibaneses progresan o retroceden se debe a que la historia de esa nación está llena de violencias, arreglos de cuentas y traiciones entre clanes de señores de la guerra.

Ese movimiento integrista difiere totalmente del iraní y su ascensión puede ser preludio de su desaparición, pues a pesar de estar bien implantado en el sur del país, en Afganistán no existe el concepto de poder central y hay tendencia a levantarse contra todo aquel que pretenda establecerlo. Será difícil unificar el país, totalmente desgarrado y desmantelado, en el que el conflicto fue alentado por potencias extranjeras, como la URSS, que dividió el territorio para mejor dominarlo, buscando una salida al Índico; por los Estados Unidos, que sostuvo a los extremistas islámicos para detener la expansión soviética; y finalmente, responsabilidad del Pakistán, cuyos dirigentes no han cesado de presionar a Kabul hacia un régimen que les fuera favorable.

Por todo ello, España debe seguir con atención la evolución en el norte de Africa y elaborar escenarios y estrategias propias a partir de nuestros intereses nacionales, que en muchos casos no son asimilables con los de nuestros socios comunitarios, sin ignorar que el empeoramiento de la situación en el Magreb podría ocasionar emigraciones masivas hacia Europa, vía Península Ibérica. Asimismo, el avance fundamentalista obliga a no descartar otros tipos de riesgos, así como a prevenir que la «teoría del dominó» se pueda hacer visible a medio plazo en dicha área.

Dentro de ese mundo, desde hace más de una década España ha institucionalizado el diálogo político con Marruecos, así como cumbres periódicas que finalmente se oficializaron en 1993 con el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación; único país vecino con el que, por ahora, se mantiene tan estrecha relación bilateral. Asimismo, el gobierno español se ha comprometido a revisar la deuda, quedando en el aire la prevista iniciación en 1997 de las obras del túnel bajo el Estrecho de Gibraltar, anunciadas por el pasado gobierno socialista.

Esas excelentes relaciones se manifestaron, el pasado año, ante la prevista integración de fuerzas marroquíes bajo mando español en Bosnia, bien que España cediera a Francia esa responsabilidad. La verdadera sombra se relaciona con Ceuta y Melilla, cuestión sobre la que Rabat propuso la creación de un grupo de trabajo o reflexión sobre tan espinoso tema que, de momento, parece aparcado.

Las relaciones con los restantes países de la zona son cordiales y en el caso de Argelia ha primado el interés económico, convirtiéndose en nuestro principal socio y suministrador de gas a la península, trabajando conjuntamente en el tendido del oleoducto. En cuanto a Túnez —más alejado— se ha convertido en terminal privilegiada de nuestro turismo nacional, convocándose en Enero la primera reunión política de alto nivel.

En el Oriente Medio, la Unión Europea ha adquirido una notable relevancia al nombrarse a un español como representante suyo en la zona, habiendo adquirido notoriedad por sus intervenciones en el conflicto palestino. Por otro lado, se ratificó el compromiso de dar unos 10.000 millones en concepto de cooperación y ayuda al desarrollo palestino.

Aunque pueda ser una temeridad afirmarlo, podría predecirse que, en la medida en que el integrismo progrese, Europa se verá hostilizada por una media luna que iría del Asia Central y Oriente Medio al Magreb, lo que podría hacer realidad el temible choque de civilizaciones esbozado no hace mucho por Huntington. Ello impone establecer un diálogo que de momento parece difícil, puesto que el fundamentalismo radical acusa a Occidente de encontrarse en plena decadencia moral, por lo que nada bueno pueda llegar de él y porque rechazan las tres condiciones que impone Occidente para iniciarlo: asumir ciertos criterios de liberalización económica; establecer gobiernos democráticos y pluripartidismo, abriendo, además, las fronteras al movimiento de ideas y personas; y el reconocimiento de los derechos humanos.

Desestabilización y conflictos en el Africa subsahariana

En 1997, el continente africano continua siendo la gran incógnita del porvenir y el previsto foco de graves tensiones a corto, medio y largo plazo, previsión que se basa, tanto en los acontecimientos a lo largo de 1995-1997 en Somalia, Zimbabue, Ruanda, Burundi, Liberia, Sudán, Kenia, Congo, Braza y ex Zaire como en los conflictos que pueden surgir en cualquier momento en Nigeria, Angola, Camerún o Guinea Ecuatorial, países desde hace décadas sin conocer la estabilidad y una paz definitiva.

El gran error occidental, que se vio forzado a una prematura descolonización, fue olvidar que la realidad africana la determinaban las etnias y tribus, que allí todavía equivalen a los nacionalismos europeos, manteniéndose como fronteras los límites artificiales trazados por las potencias colonizadoras, creándose estados inviables como Ruanda, Burundi, Benin, Togo, Gambia o Níger, pues solamente Portugal, y en menor medida España, supieron imponer en sus colonias un sentimiento unitario basado en la lengua y religión.

Esa realidad continúa siendo la fuente de numerosos conflictos internos y externos, de los que la opinión pública europea solo conoce los que, por sus especiales características o intereses en juego, nos hacen llegar los medios de comunicación, ignorando las llamadas guerras menores. Ello nos obliga a recordar palabras pronunciadas en el pasado verano de 1997 por el ex-Primer Ministro portugués Freitas do Amaral, quién decía: «Africa me inquieta con el revivir tribal porque significa que van a cuestionarse todas las fronteras, lo que puede engendrar conflictos interminables, pues si la ONU puede ejercer sus buenos oficios es incapaz de intervenir militarmente, especialmente si las partes desean la guerra. Ese fue el error cometido en Bosnia, enviar cascos azules cuando no se daban las condiciones de paz suficientes, error que no debe repetirse. Solo la reordenación de Africa podría dar solidez interna, si se quiere que ese continente se convierta en un socio estable».

Pero los problemas africanos se concentran en dos vertientes, la económica y la política. En la primera, para lograr estabilidad y su inserción en la economía mundial se necesita: aumentar su crecimiento, función de la exportación de materias primas, cuyos precios los imponen los mercados mundiales y la fluctuación del dólar, cuando no de la pluviometría, lo que en ambos casos no controlan; que las ayudas que ofrecen las instituciones financieras mundiales no se dilapiden en proyectos innecesarios o capri-

chosos que enriquecen a ciertas élites y en adquirir productos extranjeros que solamente disfruta un escaso 5% de la población, razón de que solo haya crecido un 1% su industrialización en lo que va de década, después de 30 años, promedio, de independencia, situación de la que solo se salva Sudáfrica; un aumento de las inversiones propias y extranjeras que, actualmente, en lugar de dirigirse a crear riqueza y empleo se polarizan a la extracción de hidrocarburos y materias primas, perpetuando así su dependencia de los países ricos y su progresivo empobrecimiento; atajar la constante fuga de capitales, que en 1997 se estima alcanzan 51 veces las inversiones del sector privado y 150 veces las extranjeras; rebajar su endeudamiento, pues solo los intereses y devoluciones absorben, en este año, la quinta parte de los ingresos, excepto en Sudáfrica.

En opinión del Banco Mundial, una solución sería crear mercados regionales, puesto que los nacionales son muy limitados, borrando las barreras aduaneras y el papel intervencionista de los gobiernos, algo difícil ante las disparidades que se dan. No obstante, se han dado los primeros pasos con la creación de la Comunidad de Desarrollo del África del Sudoeste y la Comunidad Económica del África Occidental.

En el ámbito político, los males de este continente se deben achacar a los gobiernos, verdaderos grupos de poder unidos por lazos tribales u oscuros entramados económicos, que se presentan como democráticos y hasta convocan elecciones con el fin de recibir ayuda exterior y ser reconocidos internacionalmente. Pero realmente, son gobiernos autoritarios cuando no dictatoriales, caso de Nigeria, Congo Braza, ex Zaire, Zimbabue, etc., donde el petróleo y minerales estratégicos ocultan muchas veces ilegalidades, siendo curioso comprobar que el concepto actual chino «un estado dos sistemas» lo pretenden aplicar algunos de esos políticos autoritarios.

Durante 1997 se asistió al final de la gran crisis en la región de los Grandes Lagos, iniciada en 1994 en Ruanda y Burundi, la más grave en odios, violencia y matanzas desde la descolonización, genocidio que prosiguió en 1995, para asistir en 1996 a la rebelión de la etnia tutsi zaireña en la región Kivu Sur, preludio de una guerra abierta que finalizó en Mayo de 1997 con la caída de Mobutu y la toma de la capital zaireña por los guerrilleros.

Pero, por primera vez iban a ser los propios africanos quienes interviniesen y mediasen en el conflicto buscando una solución, con una fuerte implicación de Pretoria y, en la sombra, los Estados Unidos, que apadrinaban al hombre fuerte, el guerrillero Kabila, al tiempo que frenaban la intervención de Marruecos y otros dirigentes africanos en apoyo militar de

Mobutu, con el fin de que no se paralizase la ofensiva de los rebeldes, aunque hoy se sabe que el Zaire era un coloso de pies de barro. Esa mediación, que cambió el rumbo del mayor país del continente, abrió en África una nueva era llamada del «renacimiento», expresión que se difundió en la reunión de la OUA de Junio.

Pocos días después de la caída de Mobutu, adquiriría una mayor virulencia la guerra civil o lucha por el poder en otro país atomizado, el Congo Brazaville, lucha entre tres etnias puesto que la conciencia nacional se funde con la de sus respectivas etnias, conflicto que, al finalizar el año, sigue latente.

La caída de Mobutu tuvo una inmediata repercusión sobre el movimiento angoleño UNITA, que se vio privado de su santuario zaireño, habiendo sido severamente amonestado por la ONU el pasado verano para que cumpla lo pactado hace dos años en Lusaka, deponer las armas y colaborar en la gobernación de Angola.

Pero en 1997 se han producido otros conflictos, algunos arrastrados desde hace años. Es el caso del enfrentamiento entre Sudán y Etiopía y Eritrea, que tomó nuevos bríos en Enero, conflicto debido al temor que inspiran a los gobiernos cristianos coptos de Addis Abeba y Asmara el integrismo islámico que gobierna en Kartun, que a su vez acusa a esos países de apoyar a las guerrillas cristiana y animista en el sur del país.

Otro estado en plena desestabilización en 1997 fue Kenia. En ella influyó, no tanto la larga tensión que existe con Uganda y Ruanda por problemas de refugiados opositores en unos y otros países como los disturbios que se iniciaron en Agosto en la capital para extenderse a la zona turística de Mombasa, motivados, según la oposición, por la ausencia de reformas democráticas, necesidad de supervisar las elecciones convocadas para finales de 1997, etc.; otros sectores estiman que fueron promovidos por el propio presidente, con más de treinta años en el cargo, con el fin de desviar la atención de los problemas reales. Es un caso similar al de Zimbabue, donde todavía gobiernan los antiguos guerrilleros que se hicieron con el poder tras la independencia, donde no existe vida política y domina la corrupción y la pobreza, caso que podríamos trasladar a otros muchos países africanos.

En lo que concierne a Guinea Ecuatorial, en 1997 nuestro gobierno trata de normalizar unas relaciones muy deterioradas. En este año, por el contrario, Francia, más pragmática y realista, ha impulsado su penetración,

otorgando créditos para invertir en el sector energético, desarrollo rural y obras de infraestructura, etc., habiéndose comprometido Obiang no ya a potenciar el idioma francés sino a declararlo a finales de Octubre como lengua oficial junto al español, además de existir empresas galas en la extracción de hidrocarburos y en el campo forestal; esta situación merece toda nuestra atención y reflexión, debiendo recordarse que, en Noviembre, una comisión de la Unión Europea evaluó las condiciones de una posible ayuda técnica y financiera.

Dentro de este triste panorama, Sudáfrica aparece como una nación en marcha que trata de resolver sus problemas internos sin tensiones y consolidar su influencia en el Africa austral. Basta con observar su intervención en la crisis zaireña, la progresiva introducción de sus empresas mineras en Costa de Marfil, Namibia, Angola y Guinea Konakry o petrolíferas en Gabón, Angola, Namibia y Congo Democrático o ex Zaire, figurando su exportación de armas como una excelente fuente de ingresos.

Pero uno de los fenómenos que más llama la atención en 1997 es el paulatino fracaso de Francia en Africa negra, sin duda por mantener desfasadas concepciones geopolíticas directamente relacionadas con los intereses petroleros, contención del Islam e, incluso, tratando de frenar la creciente penetración norteamericana. Ese fracaso alcanza a su despliegue militar, al reducir sus fuerzas en este continente y romper un dispositivo que mantuvo inalterable desde las independencias, para evitar conflictos en los países francófonos, realidad puesta de manifiesto en las últimas crisis acaecidas este mismo año en el Senegal o Congo Brazzaville.

Junto a ese hecho hay otro en directa relación pues, si durante la Guerra Fría los Estados Unidos dejaron a Francia el cometido de gendarme en Africa Occidental, actualmente esa misión ha finalizado, si atendemos a las palabras del antiguo Secretario de Estado, Warren Christopher, pronunciadas en Octubre en las que decía: «terminó la época en que Africa podía dividirse en áreas de influencia».

Ese cambio se hace cada vez más visible pues, tras suscribir Ruanda un acuerdo militar con Norteamérica, en Septiembre de este año, Kabila solicitó la firma de un acuerdo semejante. A este respecto, es curioso advertir cómo Washington apoyó al guerrillero abandonando a Mobutu, fiel amigo en la Guerra Fría, porque como anunció el Departamento de Estado «la razón de nuestra amistad acabó con el enfrentamiento con la URSS».

Sin duda, apoyando los Estados Unidos a ex-guerrilleros como Kabila en el Congo Democrático, Musseveni en Uganda, Zenawi en Etiopía, etc. busca establecer un nuevo diseño geopolítico en Africa, con dos fines: aislar al integrista islámico y luego disponer de amplios mercados inexplorados acudiendo a leyes a la carta, acuerdos de países preferenciales o ser considerados como una nación privilegiada.

Esa visión no la ha ocultado Clinton puesto que, en las reuniones del pasado Junio, en Denver, de los G-7, lanza la consigna de inaugurar una «iniciativa para Africa», manifestándose claramente que Norteamérica acabará desplazando a Francia e Inglaterra en ese continente en los próximos 15 años.

Otro hecho singular que se ha puesto de relieve en 1996-1997 ha sido la implicación de los propios africanos en sus problemas, pudiendo señalarse, como muestra, la intervención de Nigeria para imponer un gobierno civil en Sierra Leona; reuniéndose en el Cairo en 1995, Túnez en 1996 y en Riad en 1997 para resolver los enfrentamientos entre el Sudán, Uganda, Ruanda, Eritrea y Etiopía, aunque sin resultados; creación de una fuerza interafricana de intervención para actuar ante ciertos desórdenes en el continente; maniobras conjuntas de fuerzas de los países del Africa Austral, en Abril de 1997, con el fin de demostrar que los africanos eran capaces de organizar operaciones de mantenimiento de la paz, esperándose que en las próximas participen fuerzas francesas, inglesas y norteamericanas, según un acuerdo sellado en Mayo, etc.

Pero esas crisis y conflictos africanos nos demuestran: la fragilidad de las instituciones; rebrote del tribalismo, lo que indica lo poco que ha calado la idea democrática en dirigentes y pueblo; anuncio prometedor de la aparición de enormes reservas de hidrocarburos en el área que va de Benin a Angola, zona que algún día podría suplantar en importancia a la del Golfo Pérsico, pero con la incógnita de si esa riqueza colaborará a mantener la paz y solidaridad o engendrará graves conflictos.

Asimismo, parece asistirse a un desplazamiento o cambio del eje geopolítico africano hacia el Este, donde predomina la cultura sawahili; un mayor peso de los grandes países mineros, como Sudáfrica, Zambia, Angola o el nuevo Congo Democrático y, finalmente, la aparición de unos nuevos dirigentes más pragmáticos y más en contacto con la llamada mundialización, en sus dos vertientes: la económica y la política.

El mundo emergente del Extremo Oriente

Se trata de un continente en constante desequilibrio, con Asia Oriental próspera y dinámica, junto con su apéndice australiano, y el resto sometido a los factores tradicionales del subdesarrollo, superpoblación, pobreza, disputas étnicas y religiosas, etc., fuentes de posibles conflictos.

Con el fin de la bipolaridad, al finalizar este siglo, en que nacen nuevos conceptos sobre el reparto de zonas de influencia y estructuras de poder regional, parece corresponder a China el turno de la hegemonía en Asia, reforzando su liderazgo en el área Asia-Pacífico, del Japón a Australia, aunque tanto la India como el Japón, por distintos motivos, tengan mucho que decir, sin olvidar a otros países como Vietnam, Indonesia o Corea del Sur, a los que aquella ya no puede pretender mantener en su órbita.

En ese mundo, China es un país estratégicamente aislado, pues al norte se encuentra Rusia, con la que mantiene un viejo contencioso por los territorios al norte de Manchuria, mientras la idea vietnamita de hacerse con la hegemonía en el sur levanta una clara hostilidad en Pekín, que tampoco olvida sus diferencias con la India por idénticos motivos y sin haberse resuelto la cuestión tibetana, a la que con gran aplomo, en la visita de Jiang a Norteamérica, en el mes de Octubre, proclamó que le había liberado de la esclavitud del Dalai Lama, haciendo alusión a Jefferson que puso fin a la negritud.

Aunque en 1997 el gigante amarillo ha logrado insertarse en la red económica mundial y en especial del SE asiático, debe hacer frente a graves problemas, como el gran desequilibrio que existe entre la costa y el interior o el lastre de miles de empresas estatales improductivas cuya privatización, anunciada en Septiembre, durante el XV congreso del Partido Comunista Chino, puede conducir a una posible pérdida de cerca de 100 millones de puestos de trabajo. El desarrollo de la China marítima es un hecho a raíz de las reformas y aperturas de 1979, convirtiendo a sus ciudades costeras en la parte más dinámica y occidentalizada del país, mientras el interior continua sumergido en la pobreza, superpoblación y subdesarrollo, a la inversa de la tradición imperial.

Pero el gran acontecimiento, en 1997, fue la retrocesión de Hong Kong por el Reino Unido, con repercusiones estratégicas, políticas y económicas.

En el plano estratégico, supuso para Pekín cerrar una vieja herida abierta en el siglo XIX, que Mao no cerró al comprender su utilidad, pues en plena

guerra fría necesitaba mantener una puerta abierta al exterior. Pero esa necesidad finalizó con el comienzo del desarrollo económico y tímida apertura iniciada por Deng Xiao Ping en los años ochenta, tomando paradójicamente la iniciativa de su devolución el gobierno inglés, convencido de que su defensa podría desembocar en serio conflicto militar, mientras que Deng veía, en esa cesión, un primer paso para la recuperación de Taiwán, objetivo que obsesionó a este dirigente hasta su muerte en Febrero de este mismo año.

En la vertiente política, el interrogante se relaciona con el porvenir democrático de la ex-colonia. Después de unos meses de soberanía, la confusión institucional es grande y parece que solo se mantienen las formas, habiendo oscurecido el respeto a la ley establecida precisamente por China en 1984 con su Ley Fundamental, aunque según anuncia ahora el gobierno chino esta debe interpretarse no según lo escrito sino según la intención del legislador. Pero no podrán ir muy lejos para no asustar a Taiwán y a la comunidad internacional, en detrimento de su desarrollo.

En la esfera económica, el futuro de Hong Kong permite abrir más al exterior el mercado y comercio chino, siempre que continúe siendo atractivo para los inversionistas y no se pongan trabas al sistema que regía hasta el 1 de Junio de 1997. Por lo pronto, no ha decaído su importancia financiera, como se vio en Octubre, en el derrumbamiento de su Bolsa, que arrastró a las del resto del mundo, incluida la española. Por otro lado, las perspectivas económicas del país para 1997 son excelentes, con un crecimiento del PIB del 9,5 % y se espera casi un 10% para 1998, aunque, por no ser convertible todavía el «yuan», es difícil valorar en términos monetarios la verdadera situación económica, esperándose que al entrar en vigor el «euro» siga fiel al dólar, por lo menos durante los primeros años.

En política interior, el acontecimiento más crucial fue la apertura en 1997 del XV Congreso del partido, en el que Jiang afirmó su poder eliminando a la vieja guardia, entre ellos a todo el vetusto estamento militar.

Con respecto a Taiwán o Formosa, Pekin ha continuado ofreciendo el principio de «un país, dos sistemas», rechazado por Taipei, que no admite una reunificación basada en los ocho puntos fijados en Enero de 1995, que se han dulcificado en Julio de 1997 al ofrecer a Taiwán el poder conservar sus fuerzas armadas, su administración y ciertas funciones diplomáticas; aduce Taipei que es un país de alto nivel de vida y una democracia homologable con las occidentales por lo que no puede unirse a otro en el que existen enormes bolsas de pobreza, y un sistema que desprecia las liber-

tades. A este respecto, es asimismo curioso señalar como Jiang, en la mencionada visita a los Estados Unidos, anunció una curiosa «teoría de la relatividad» aplicable a los derechos humanos, al proclamar que «tanto la democracia como los derechos humanos son conceptos relativos y no absolutos».

Pero Taipei se ve cada vez más aislado desde que fue expulsado de la ONU en 1971, aislamiento que se ha visto confirmado en la 52 reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Septiembre de este mismo año, en que se volvió a rechazar por amplia mayoría su reingreso. Su antiguo gran protector, los Estados Unidos, basa hoy sus relaciones con Taiwán en: una sola China, búsqueda de una solución negociada y ausencia de provocación militar injustificada por parte de Formosa.

En política exterior, China se ha beneficiado de la desaparición de la URS como potencia mundial, tratando de encontrar el reconocimiento de «superpotencia» y presentándose como el único país asiático capaz de disputar la hegemonía a los Estados Unidos, porque nunca aceptará convertirse en otro Japón o Corea del Sur, incluidos en la órbita estratégica de Washington. Como dijo recientemente Kissinger, «la amenaza china no es militar sino política, conforme aumente su peso económico, pues tardará de 10-20 años en disponer de una capacidad militar que nos amenace. Por todo ello, busquemos establecer una política de cooperación y no de confrontación», ideas que suscribe el Japón y que defendió el presidente Clinton en su segunda campaña presidencial. Fruto de esa política ha sido la apertura de las fronteras chinas a las exportaciones americanas y los sustanciosos contratos, suscritos por Jiang en Octubre, en el campo aeronáutico y de reactores nucleares.

En la esfera militar, las fuerzas armadas chinas atraviesan un período de reconversión en su armamento y concepciones estratégicas, encontrándose en 1997 con una generación de desventaja con respecto a la revolución tecnológica que impuso la guerra del Golfo, especialmente en operaciones a larga distancia.

Como ha advertido el presidente filipino, ese rearme preocupa a sus vecinos, especialmente después de afirmar Jiang en Julio, en el 70º Aniversario de la creación del ejército rojo, que debía desarrollarse a gran escala para afrontar los cambios y retos del siglo XXI. Tras su triunfal gira en Octubre por los Estados Unidos, el encuentro de Jiang y Yeltsin ha hecho olvidar, de momento, las viejas reivindicaciones chinas sobre los territorios anexionados por Rusia en 1864 y 1881, así como la disputa sobre los lími-

tes del Ussuri, que impuso igualmente Rusia por Tratados leoninos de 1858 y 1860.

En Julio de este año se cumplieron 30 de la creación de la ASEAN, que se define como bloque económico pero que su objetivo principal era el defenderse de las posibles amenazas comunistas cuando China penetró en la región a través de Vietnam y Camboya, a la que no era ajena la URSS. A ello se añadía el potencial económico de los países inicialmente miembros, Indonesia, Filipinas, Malasia, Singapur y Tailandia, que podía provocar tensiones con sus vecinos más pobres y, por tanto, era preciso establecer un mecanismo de seguridad colectiva.

En 1997 aquellos objetivos han variado y ahora se pretende asociar al resto de los países de la zona, con el fin de contrapesar el poder de Pekin en el campo político, militar y económico. De ahí el ingreso, este año, de Vietnam, Laos y Birmania y próximamente Camboya, pese a ser algunos regímenes dictatoriales o comunistas, pero que, de quedar aislados, podrían convertirse en elementos perturbadores en la región.

La Cumbre de la ASEAN de Diciembre se mostró muy lejos de anteriores triunfalismos y dominó una clara preocupación por encontrar un final a las crisis financieras de los llamados Dragones, iniciada en Julio y sin verse su salida al finalizar el año.

En el caso de Birmania, pese a las reticencias de la Unión Europea y los Estados Unidos, por tratarse de una dictadura militar y primer país productor y exportador de opio y heroína, aunque esa admisión quiere contrarrestar la influencia china, ya que el eje Rangún-Pekin no cesa de estrecharse.

En ese conjunto, Indonesia posee un gran valor al interponerse entre el Japón y Australia, controlando las llaves del S.E. asiático al ser bisagra entre el Indico y Pacífico y proyectarse sobre los estrechos de Malaca, Sonda y Lombok, por donde se alimenta de combustible y minerales el Japón, Taiwán y Filipinas. De ahí que Norteamérica y el Japón traten de mantener su estabilidad apoyando a un régimen militar autoritario, aunque por distintos motivos, económicos para el Japón y estratégicos para Washington.

En 1997, fue asimismo motivo de intranquilidad la situación interna de Camboya, ante la deposición del gobierno salido de las urnas en 1993 por el perdedor, situación agravada por el control de las provincias norteñas por los Jemeres Rojos. El regreso del rey y la tibia resolución condenato-

ria de las Naciones Unidas, que exige elecciones en Mayo de 1998, no parecen haber solucionado el conflicto.

Esta región, la del S.E. asiático, que parecía olvidada por nuestra política exterior, fue recordada por el presidente Aznar en su discurso de investidura, como área de proyección cultural y económica española, palabras refrendadas días más tarde por el ministro de Asuntos Exteriores al afirmar que Asia, que dispone del 25 % del producto global mundial, solo recibía el 7% de las exportaciones españolas, situación que se iba a enmendar, proponiendo además la apertura de nuevos centros diplomáticos. No obstante, en la esfera naval, España ha mantenido estrecha relación con Tailandia, que se han materializado en la construcción de unidades navales, la última, un portaaviones. Algo similar acontece con Indonesia en la esfera aeronáutica, país en el que la empresa CASA se ha afirmado y colabora en la puesta a punto de aviones como el «Aviocar».

En la zona norte del Pacífico surge el Japón, el 2º PIB mundial, sobre el que en 1997 han aparecido informaciones contradictorias: descenso de la inflación, pero aumento del paro; caída de su producción industrial, pese a que sus productos inundan el globo; crisis especulativa financiera; crecimiento positivo en 1985-90, estancamiento entre 1990-95, nuevo despegue en 1996 para detenerse en 1997 a causa de unos presupuestos inflacionistas, etc, por lo que cabe preguntarse si el Japón está en crisis, en período de espera, o en transformación de sus estructuras para enfrentarse a los retos del siglo XXI, en un país de cambios muy lentos.

De lo que no cabe duda es de que, desde hace seis años, el Japón se resiente de una grave corrupción, inmovilidad política y crisis económica y financiera, puestas de manifiesto en Diciembre con la quiebra del segundo banco del país. A finales de 1997 se puede predecir que el Gobierno trata de dar por cerrada la política industrial tradicional con amplias y atrevidas reformas, así como finalizar el control de la economía que todavía ejerce, aunque antes habrán de tener presente cómo clarificar las actuales turbias relaciones entre la política y la economía.

En política exterior, amainó su enfrentamiento con Francia, como consecuencia de la reanudación de las pruebas nucleares en la Polinesia en 1995 y 1996, aunque mantuvo un discreto silencio con respecto a las pruebas nucleares chinas. Con China, el contencioso por las islas Sakaku, que reclama Pekin, no ha progresado, pero ambos gobiernos parecen estar dispuestos a no enturbiar sus relaciones, teniendo en cuenta que Pekin es el 2º mayor socio comercial después de los Estados Unidos, aun-

que de un 46 al 81% de los japoneses ven en su vecino un futuro rival y una amenaza militar a largo plazo.

Asimismo, prosigue su contencioso con Rusia por las Islas Kuriles, ocupadas por este país al finalizar la 2ª Guerra Mundial, islas sin valor económico alguno pero sí estratégico, pues controlan el acceso al Pacífico de las derrotas que provengan del mar de Ojostsk y Vladivostok, razón de la negativa rusa para entregarlas. No obstante, como se ha puesto de manifiesto a primeros de noviembre en el encuentro entre los mandatarios de ambos países, en algún lugar de Siberia, el problema de las Kuriles ha pasado a un segundo plano para prevalecer el estrechamiento de los lazos económicos e incluso nucleares, así como la entrega de productos petrolíferos a Tokio.

Militarmente, el Japón continúa siendo vulnerable, pero hubo mucho más en el plano económico al depender de las importaciones, especialmente energéticas y minerales, por lo que el corte de suministros o la imposición de barreras arancelarias incidiría muy negativamente en su desarrollo, pues su competitividad puede conducir a adoptar medidas proteccionistas en el exterior, descansando su seguridad en la libertad de los intercambios. Esa vulnerabilidad en la esfera económica, no en la militar, la sufre Corea del Sur, país en continuo crecimiento y asimismo pieza clave en 1997 de la estrategia norteamericana en Asia.

Con respecto al Japón, la visita del presidente Aznar, en Octubre, abrió un nuevo campo de acción a nuestra política exterior, hasta ahora centrada en Europa, Iberoamérica y Mediterráneo, aprovechando el buen momento de España. Se pretende que el Japón se convierta en lugar de lanzamiento de nuestras opciones culturales y económicas para el Extremo Oriente; penetración que, como antes apuntamos, figuraba en el programa que presentó el presidente a las Cortes en la sesión de investidura. Por su parte, el Japón comenzó a interesarse de verdad por nosotros a partir de los años noventa, al advertir que era un país de un gran potencial y desarrollo y podía servirle de puerta de entrada al mercado iberoamericano, figurando actualmente como octavo país inversor en nuestra Patria, noveno cliente y décimo proveedor.

Por último, Corea del Norte prosigue sumida en el caos como consecuencia de dos años de sequía y hambre, suspendiendo en este año las negociaciones con los Estados Unidos sobre misiles así como de la Carta Internacional sobre derechos civiles y políticos, vigente desde 1976. En Agosto se vio forzada a iniciar conversaciones con Corea del Sur para poner fin al

frágil armisticio de 1953, buenos deseos que se han visto sometidos a continuos sobresaltos, debiendo esperarse al año próximo para comprobar las verdaderas intenciones del nuevo y joven líder, controlado por el ejército.

Iberoamérica, continente en desarrollo

Tres acontecimientos significativos han incidido en la política exterior Iberoamericana en 1997. El primero, la reunión del Grupo de Río, en Asunción, en Agosto, que suscribe la necesidad de reformar el Consejo de Seguridad de la ONU, así como limitar la carrera de armamentos en el Continente, propuesta que aparecía cuando los Estados Unidos anunciaban otorgar a Argentina la categoría de aliado extra-OTAN, lo que produjo suspicacias y quizá resentimientos de aquellos países que estimaban tenían idénticos derechos. Asimismo se rechazó la pretendida idea norteamericana de que fuese Washington quien recomendase lo que se debía o no hacer en Iberoamérica en ciertas esferas, como las de lucha contra el narcotráfico o con respecto a Cuba.

El segundo acontecimiento fue la gira del Presidente Clinton por Venezuela, Brasil y Argentina. Aunque en la agenda presidencial figuraban asuntos relacionados con la energía limpia, cooperación tecnológica o de seguridad, se estima que el viaje correspondía a cuatro objetivos: demostrar que Norteamérica sabe que Iberoamérica existe, acallando las críticas a su política por no haberla considerado, hasta ahora, prioritaria por su diplomacia; tener presente las enormes posibilidades que encierra el Continente, su principal suministrador de hidrocarburos y en el que las exportaciones americanas crecen el doble que a cualquier otra región del mundo; reafirmar la promesa hecha en 1994 en la Cumbre de las Américas, en Miami, de acelerar el acceso de todos los países al Tratado de Libre Comercio y, finalmente, tantear la posible creación de un espacio económico único del Ártico a la Patagonia, antes del 2005, pese a no ser bien visto por el Congreso, que ha negado al Presidente un mandato para negociar, lo que supone un triunfo del proteccionismo y de los sindicatos americanos. Sobre este tema, Brasil ha dejado bien claro, en esa gira, la voluntad de Mercasur de abordar la asociación con la ALCA con prudencia y frenar, de momento, la creación de un mercado libre en todo el Continente.

El tercero fue la VII Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, celebrada a primeros de Noviembre en Isla Margarita, Venezuela, abierta por S.M. el

Rey, quien en nombre de los Jefes de Estado asistentes proclamó que la defensa de la democracia, derechos humanos y libertades fundamentales, «es el mejor mensaje que podemos ofrecer al mundo», siendo gratificante que en el comunicado final aparezca una clara mención al problema de Gibraltar.

En principio, además de la permanente cuestión cubana, una propuesta venezolana sobre regulación del derecho a la información «veraz» fue contestada por el colectivo periodístico en su II foro Iberoamericano, celebrado en la misma isla, por ver, en la palabra «veraz», un posible control y censura de los medios de comunicación, término que fue retirado y que sin ningún problema aparece en nuestra propia Constitución.

El Jefe del Gobierno volvió a reiterar que España no ha pasado a un segundo plano sus relaciones con Iberoamérica tras integrarse en la Unión Europea, al jugar con Portugal, por lazos lingüísticos y de cultura, un importante papel en Bruselas en defensa de esos intereses. Prueba de esa defensa ha sido la aprobación en Octubre, por el Parlamento Europeo, de un aumento de 7.500 millones de pts. para políticas de cooperación en ese Continente que, aunque ha sido el mayor crédito de los aprobados hasta la fecha, la cantidad no es espectacular, pero si indica una variación positiva de la atención de la Unión Europea en sus relaciones con Iberoamérica.

Aunque la propuesta de celebrar en la Habana la IX Cumbre de 1999 no figuró en la agenda de esta reunión, España anunció que no se opondrá, al tiempo que proponía, con otros diez países, la creación de una Fuerza de Paz a las órdenes del Secretario General de las Naciones Unidas, para ser desplegada no solamente en el Continente sino donde este disponga, habiendo expresado su desacuerdo Cuba y su no participación México, por motivos distintos. Constaría de una Brigada constituida por unidades de todos los países, incluidos España y Portugal, pudiendo nosotros aportar nuestras experiencias en acciones similares en Centroamérica, tema que no figuró oficialmente en el temario ni en el comunicado final.

El 6 de Julio de 1997 fue una fecha histórica para México, al promover su presidente un cambio que revolucionó al país y conmovió las estructuras políticas de su partido, el PRI, en su intento de airear y democratizar la vida pública. Ese cambio fue fruto de las primeras elecciones libres, en las que el PRI perdió su mayoría absoluta, mantenida desde 1929 en que se fundó el partido, demostrando, de paso, un claro repudio del electorado al centralismo y la apuesta por opciones regionales, dado que el Acuerdo de

Libre Comercio de 1994 con los Estados Unidos y Canadá no ha beneficiado a la gran mayoría del pueblo, que quedó al margen de los procesos macroeconómicos; tampoco ha detenido la emigración ni mejorado los aspectos sociales y de infraestructuras, a pesar de que los datos económicos de 1996 fueron buenos. Recordemos que, en Diciembre, México suscribió con la Unión Europea un convenio de asociación económica, cooperación y concertación política que sustituía a otro de 1991.

Por otra parte, supuso acabar con 68 años de poder de un partido dominante en todas las esferas y que condujo a una corrupción generalizada, que no será fácil de erradicar, por disfrutar todavía de poder los llamados «dinosaurios» o sindicato de gobernadores, que ven en Zedillo al «tapao» que les traicionó, por lo que el porvenir está lleno de interrogantes.

En 1997, la XIX Cumbre de Presidentes Centroamericanos, reunidos en Julio en Panamá, en un afán de buscar formulas de integración, hizo renacer antiguas rencillas al acusar Guatemala, El Salvador y Honduras a Costa Rica, Panamá y Nicaragua de pretender dejar inoperante el Parlamento Panamericano, cuando ni siquiera Costa Rica ha ratificado el Tratado que lo creó en 1990.

En esa región, Costa Rica, la democracia más consolidada del área, acusa una tendencia hacia un escaso crecimiento, mientras en el Salvador la pobreza y las secuelas de la guerra civil son los rasgos predominantes, en tanto que en Guatemala los acuerdos de paz entre la guerrilla y el gobierno parecen dar sus frutos, con el problema pendiente de la situación de desplazados.

En el resto de los países, Honduras sigue sumida en las desigualdades sociales, producto de una cierta corrupción administrativa, mientras continúa abierto su contencioso con Nicaragua por la delimitación de las fronteras marítimas. Por su parte, este país ve afianzarse el diálogo entre sandinistas y otras fuerzas políticas, aunque la caótica situación económica amenaza la paz social. Finalmente, en Panamá todo está listo para hacerse cargo el 31 de Diciembre de 1999 de la administración del Canal, con la salida de las últimas fuerzas norteamericanas tras cien años de permanencia, aunque se ha ofrecido la base aérea de Howard como centro antidrogas del continente.

El desencanto popular crece en Cuba ante el deterioro de la situación sanitaria, alimentaria y educativa, consecuencia del embargo norteamericano que rechaza la comunidad europea e iberoamericana, sin haberse avan-

zado en la vertiente de los derechos civiles y humanos. Un problema añadido ha sido la escasa zafra de azúcar recogida, unos 4 millones de tns., la segunda más baja de las conocidas, habiendo superado los ingresos por turismo sus escasos beneficios, que escasamente cubren los gastos, habiéndose nombrado en Octubre al frente de esa industria a los duros del régimen.

Por su parte, en la República Dominicana el país goza de gran estabilidad, encontrándose en fase de recuperación económica tras haber recibido el actual presidente, de su antecesor Balaguer, una nación en ruinas, recuperación que ha llevado en este año a su ingreso en el Mercado Común del Caribe. En Venezuela prosigue el plan de privatizaciones así como el duro programa de ajuste, que se admite como mal menor, abriéndose un interrogante ante la segura decisión del expresidente Andrés Pérez de presentarse a las elecciones de 1998.

En 1997, Colombia afronta los mismos problemas que en años pasados: lucha contra la subversión o guerrilla; contra el tráfico de influencias y narcotráfico, muy ligado al anterior; rebaja del nivel de pobreza; modernizar el país y recobrar su pasado prestigio internacional. Con respecto a la guerrilla, esta sabe que difícilmente lograra hacerse con el poder y en un eventual proceso de paz los diálogos y negociaciones dependerán de su capacidad militar y de sus éxitos y fracasos, pudiendo decirse que de Abril a Julio la guerrilla consiguió más que en las tres décadas anteriores, sin que las recientes elecciones de Octubre hayan aclarado el panorama. Se calcula en un millón los refugiados que han huido de la violencia, éxodo que ha llevado a abrir una oficina del Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los refugiados, a cuyo frente figura una diplomática española.

En Febrero fue noticia, en el Ecuador, el derrocamiento por corrupción del populista Bucaran, apodado «el loco», que estuvo a punto de promover una cierta guerra civil. Actualmente la situación continúa deteriorándose, lo que ha repercutido negativamente en la inversión. Únicamente aparece como saldo positivo el encuentro de su presidente con el del Perú, que ha sosegado el permanente litigio fronterizo.

Un acontecimiento interior, pero de resonancia internacional, que acaeció en Perú fue el asalto de la residencia del embajador japonés por Sendero Luminoso a finales del pasado año, haciéndose con 800 rehenes, situación que finalizó en Abril de 1997 con un saldo de 17 guerrilleros muertos.

Un segundo hecho anómalo, en este mismo año, fue la presentación de la cúpula militar en el Congreso, donde se debatía la libertad de prensa, base de todo sistema democrático, ante las acusaciones de la oposición de haberse tomado medidas que pretendían, en cierto modo, amordazarla, lo que animó fuertes críticas dentro y fuera del país, proclamando que, en cierto modo, la política se veía controlada por las fuerzas armadas.

El Brasil, país que más gastó en defensa en 1997, ofrece fuertes contrastes entre la zona próspera e industrial pero de mayor inseguridad ciudadana Río, Sao Paulo, Belo Horizonte, con el 43 % de habitantes y que genera el 60% del PIB y más del 65 % del empleo, con la extremada pobreza del Noroeste y Oeste, donde minorías de propietarios dominan la vida social, aunque Brasilia simbolice la voluntad geopolítica de controlar, aprovechar y acercarse al interior. Asimismo, continúan sin resolverse los problemas de la Amazonia, que pueden agravarse con el plan de militarización de la región iniciado en 1996, que prevee la creación de infraestructuras y centros urbanos, que se teme afecten gravemente al ecosistema y a la población indígena.

En el plano económico, Brasil se ha convertido en el motor de Mercasur, habiendo establecido una política proteccionista lejos de su pretendida política liberal, que trataba de alcanzar los objetivos de estabilización, crecimiento sostenido y redistribución de la renta.

En 1997 ha continuado consolidándose la democracia en Chile, que además, aparece como una de las economías más fuertes, esperándose para este año un crecimiento del 5,5 %. Por su parte, en Argentina, a lo largo de este año, se acentuó el malestar social, lo que ha conducido a la derrota del partido del Presidente y gobierno en las elecciones de Octubre, perdiendo la mayoría absoluta que detentaba en la Cámara de Diputados y múltiples alcaldías y gobiernos provinciales, sin haber calado en la opinión pública su programa de mejoras sociales lanzado en agosto. En el ámbito internacional, mejoraron sus relaciones con Chile, hasta el punto de haberse programado maniobras conjuntas a nivel Estados Mayores, algo impensable hace dos años, mientras que su contencioso sobre las Malvinas con el Reino Unido sigue paralizado y en un discreto segundo plano, al privar intereses económicos bilaterales.

Desde hace años, España mantiene con Iberoamérica estrechos contactos, como se demuestra año tras año, relaciones estructuradas en varias dimensiones, bilaterales con acuerdos de todo tipo, multilaterales a través

de las Cumbres de Jefes de Estado o ministros y la que nos implica como miembro de la Unión Europea.

Prueba de esas relaciones es la preeminencia que ocupa el Continente en ayuda oficial al desarrollo, con más de 125 proyectos, que alcanzan cooperación educativa y formación profesional, hasta ayuda humanitaria e infraestructuras. Añádase la creciente presencia e inversiones de empresas españolas, que van desde las ya multinacionales Telefónica, Endesa o Repsol, a Iberia e Iberdrola, o empresas medias, que participan en concesiones tan variadas como la de servicios de agua, seguros, construcción de ferrocarriles, caso del Brasil, construcción de centrales hidroeléctricas o astilleros, por no hablar de las inversiones en el sector servicios y turismo, prueba palpable de la pujanza y solidez de España y del reconocido prestigio que goza ya en todo el Continente.